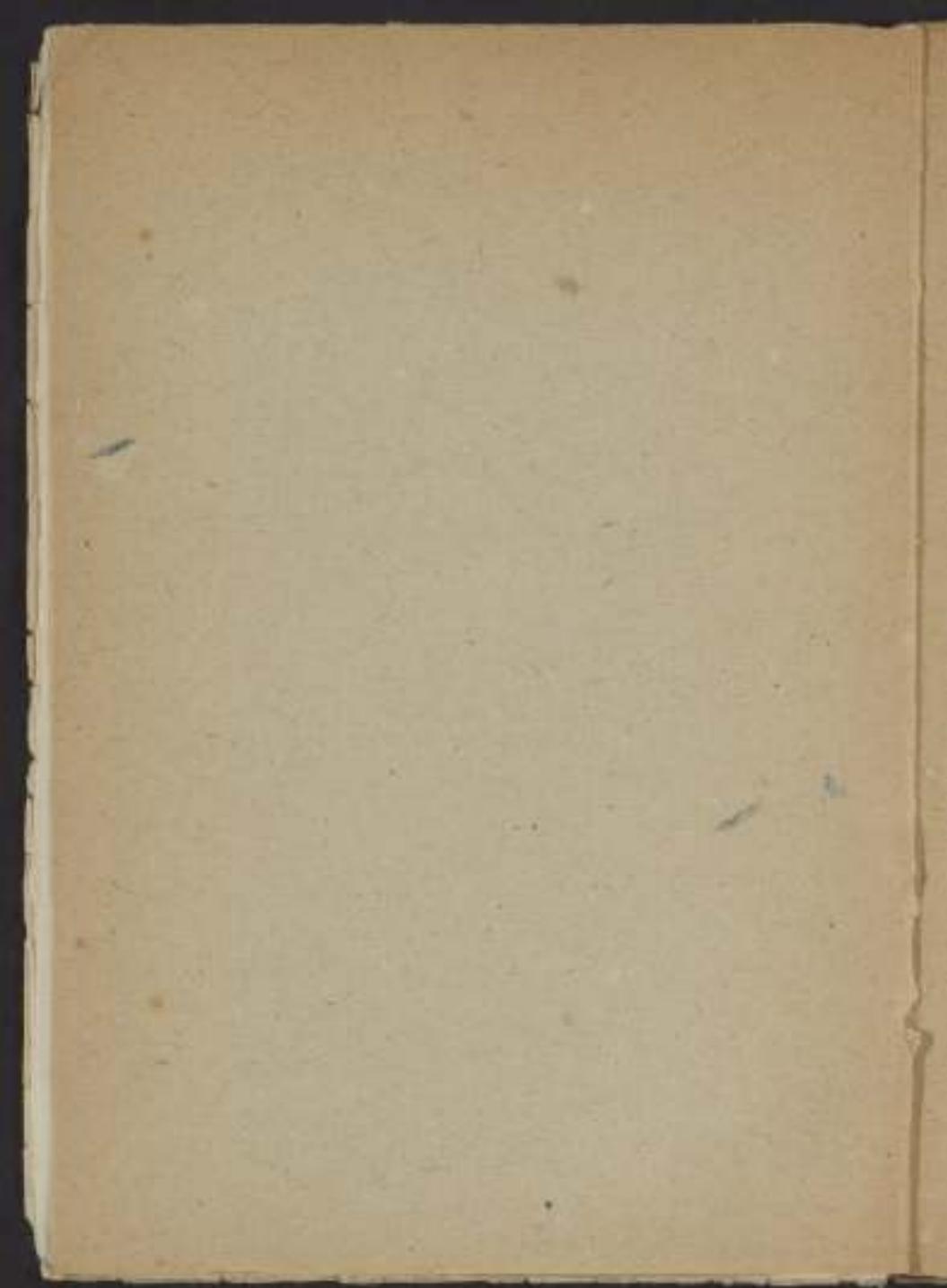


Los grandes films modernos





SUEÑOS DE JUVENTUD



Los grandes Films modernos

SUEÑOS DE JUVENTUD

•

PROTAGONISTAS:

KATHARINE HEPBURN y FRED MACMURRAY

Versión literaria del film presentado

por

RADIO FILMS, S. A. E.

Novelada por CARLOS MONTE OLIVIA

•

La historia de todos los hogares influenciados por la diferencia de clases. El amor triunfante sobre todo. Hasta sobre aquellos prejuicios sociales que pretenden levantar una barrera, dividiendo en castas a la humanidad.

•

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS
BARCELONA

SUEÑOS DE JUVENTUD

La sociedad dispone de medios para hacer agradable la vida a aquellos que han logrado su puesto en ella, inspirados en el proceder recto y conducta intachable de quienes les han precedido. Pero cobra su tributo, porque no todos saben interpretar el papel que les corresponde con la debida exactitud, y el equivoco de unos es consecuencia de que se establezca un desequilibrio que necesariamente ha de resultar fatal para otros.

Esa sociedad, humana, bien organizada, ¿podría negar el derecho a participar de sus beneficios? Frecuente es, por desgracia, colaborar fácilmente en sus desventuras e injusticias, pero el absurdo monstruoso que supone la división de clases, crea la felicidad, aunque sea sobre una base tan débil como falsa para quienes pueden adquirirla al precio que sea. Los demás han de debatirse en pugna constante contra los privilegios, contra los formalismos, contra todo lo que significa la humillación de verse desplazados a un nivel inferior. Los esfuerzos de toda la vida, las excelentes virtudes que presta al hombre el trabajo de cada hora y de cada día, no pueden redimirle de su esclavitud, porque nada de esto, contemplado desde arriba, se cotiza en la lucha de clases.

* * *

El hogar de los Adams era una resultante de la desigualdad social. Virgilio Adams llevaba ya muchos años trabajando en la droguería del señor Lamb, sin que ello le hubiese reportado otras ventajas que los rutinarios y tardíos ascensos. Ya envejecido, su situación en la casa seguía siendo la de un subordinado más o menos destacado por su condición de empleado fundador. Así, pues, había de limitar también sus aspiraciones de lograr para los suyos una posición más destacada, que lo colocara al nivel de los que, habiendo comenzado como él, figuraban hoy entre los privilegiados inaccesibles. Más afortunados, más audaces o sencillamente desaprensivos, muchos de los que él había conocido frecuentando su amistad de compañero a compañero, ahora, ya encumbrados, apenas si descendían a otorgarle displicentemente el saludo. Su círculo social no tenía acceso apropiado para un simple empleado y esa misma tirantez provocada por la divisoria de sus clases poniendo una mordaza al pasado, se extendía también a sus familias, de cuyas recepciones sólo el comentario llegaba a casa de Virgilio Adams.

No obstante, bueno y sencillo como era, trabajador incansable, honrado y leal, no tenía más aspiraciones que las de continuar cumpliendo y aportando a su hogar el bienestar suficiente, evitando que a su mujer e hijos les faltase aquello que, aunque elemental, hace agradable la existencia. Es verdad que también muchas veces sintió el pesar de no haber sido más enérgico y emprendedor, al ver cómo Alice, su hija, había de sufrir, aunque en silencio, el olvido, la indiferencia y hasta el desdén de que la hacían objeto las hijas de sus ex compañeros enriquecidos. Para ella hubiera deseado lo mejor, hasta sacrificando incluso sus más íntimas convicciones. Tuvo ocasión de llegar a realizar lo que los otros. Pudo

haberse librado, logrando una independencia económica que le colocase en aquella posición donde todas las superfluidades eran posibles e imprescindibles. Pero, llegado el momento, le faltó el valor necesario y dejó pasar la oportunidad que tan pocas veces se presenta en la vida para poner en nuestras manos la carta del triunfo.

Alice, joven y hermosa, podía soñar, únicamente soñar, imaginando un mundo mejor. Temperamento espiritual, no se dejaba, a pesar de todo, avasallar por la inutilidad de quimeras irrealizables. Sabía colocarse adecuadamente y en su fuero interno compadeecía a aquellas que, pensando en la fortuna de su padre y en el lujo y alcurnia que ella podía proporcionarles, no habían tenido tiempo de preocuparse de su pobreza intelectual.

Jamás se le ocurrió recriminar a su padre en sus cavilaciones sobre la situación de inferioridad en que se encontraba con respecto a la posición social de sus amigas. Antes bien, le comprendía y le quería entrañablemente. Pero si alguna vez sintió el latigazo de la ambición, pensó que su cultura era suficiente para abrirle un camino, uniendo al éxito si lo lograba, el mérito de su obra exclusivamente suya, personal. No le hubieran faltado muchachos adinerados en quien fijar su atención con vistas a un matrimonio ventajoso, pero no le seducía tampoco esta solución. No ambicionaba una fortuna. Quería un esposo, un compañero para toda la vida, que llenase el ideal que de este hombre imaginario aún ella se había ido formando. Muchas veces repasó, a solas con su corazón, la serie de proposiciones que había ido recibiendo a lo largo de su carrera estudiantil. Ninguno encuadraba dentro de sus aspiraciones. Podía asegurar que no se encontraba en la ciudad el hombre que habría de recibir una respuesta afirmativa a la proposición de entablar relaciones. Su madre, más ambiciosa, le había instado en diversas ocasiones a aceptar a fulano o a mengano. Quería ver a su hija, ya que no por encima, al menos al nivel de cualquiera de esas advenedizas que no atinaban a ocultar, aunque lo intentaban constante-

mente, lo que con más orgullo podían exhibir: su origen humilde. Sabía que Alice podía hacer feliz al hombre más exigente, tanto por su cultura, como por su exquisita feminidad. Muy femenina, verdad, a pesar de su apariencia de mujer independiente, que piensa y obra por cuenta propia guardando íntimamente la delicada espiritualidad de su temperamento.

Pero Alice contemplaba con terror cuál hubiera sido su porvenir si, habiendo matado en flor todas sus ilusiones, se hubiera encerrado en la estultez de un ambiente aparatoso creado por un cuarto de hora de ambición desgraciado. Todos los muchachos que ella conocía, logrados los deseos de su familia de obtener un título universitario y hacer un viaje de ida y vuelta a la vieja Europa para dar más brillo aún a su futura actuación en sociedad, llevaban una vida estéril, huérfanos de todo lo que pudiera significar espíritu práctico. Habían aprendido con matemática exactitud todas las modernas fórmulas de cocktails, todos los bailes, incluyendo los de más extravagante realización, practicaban varios deportes, jugaban a los naipes y a las carreras de caballos, se embriagaban de vez en cuando y hasta tenían, según se murmuraba, cuenta abierta en algún cabaret.

Esperaría. Su juventud podía imponer una espera prudente y acertada a la descabellada determinación de unir su vida a un hombre que no podría ofrecerle nada más que un puesto en ese círculo social de anquilosados sentimientos.

¿Bailar? ¿Vestir bien? ¿Disfrutar de la vida en cuanto ésta pudiera ofrecerle de sana y juvenil alegría? ¿Coquetear incluso aceptando algún flirt intrascendente, así mutuamente entendido? Sí, ¿por qué no? Y si figurar en sociedad no implicaba humillación y únicamente realizaba con ello lo que la vanidad de la mujer convierte en obsesión hasta el primer desengaño, también lo deseaba. No era fea y su falta de experiencia en los salones bien podía suplirla con la abundancia de imaginación que la naturaleza había vertido con mano pródiga en su temperamento. Nunca creyó que pudiera hacer un mal papel, pero... Necesitaba trajes, necesitaba

Joyas, necesitaba todo ese aditamento que no sólo realza la belleza natural ya que crea una artificial, sino que encubre la falta de otros adornos de orden espiritual. Además (y éste era el caso de Alice), la indumentaria es una imposición de riguroso cumplimiento en los salones de esa clase de privilegiados. Y Alice debía forzosamente acudir a las argucias que la imaginación y la habilidad en estrecha alianza dan a la mujer para la solución de estos conflictos, cuando la escasez de medios debe disimular, arreglando, reformando, convirtiendo, en fin, en modernos modelos los vestidos ya usados y pasados de moda que es preciso lucir nuevamente. Poco en apariencia satisfecha, se entregaba entusiastamente a su labor, preparando el traje de recepción. No causaría sensación quizá, pero tampoco creía que pudiese llamar la atención en sentido desfavorable. Por otra parte, le satisfacía plenamente el evitar con ello a su madre la preocupación de un gasto extraordinario que ella bien sabía no podría realizarse sin ocasionar una sensible disminución en los ingresos que el sueldo del señor Adams aportaba a la casa.

• • •

La recepción que todos los años, festejando el cumpleaños de su hija, ofrecían los Palmer, opulenta familia de la ciudad, cobraba carácter de acontecimiento social. Poseían un magnífico palacio y bien podía asegurarse que su salón de fiestas era, en estas ocasiones, el punto de mira de todas las damas que, teniendo hijas casaderas, aspiraban atraer hacia éstas alguno de aquellos jóvenes de buena posición que solían frecuentar la casa. Por este motivo, y por la ocasión única que estas fiestas les ofrecían para exhibir "el último grito" adquirido de famosos modistos de París (un París,

claro está, convencional y de efecto), las fiestas de la familia Palmer constituían una pugna entre la *élite* social.

Mildred Palmer tenía aproximadamente la misma edad que Alice. Juntas habían cursado sus primeros años de estudio y su amistad llegó a constituir para ambas un motivo de satisfacción. Era por entonces el señor Palmer uno de tantos luchadores que, como el padre de Alice, se veía obligado a acatar la disciplina del horario y normas de trabajo que su empleo le imponía. Pero, audaz o afortunado, pudo zafarse de esa rutina y emprendió algunos negocios por cuenta propia que pronto le dieron el resultado apetecido. Poco a poco, la firma de Palmer fué adquiriendo una solvencia y potencia financiera indiscutible y, con ello, la sociedad le otorgó carta de privilegio sobre los que, trabajadores como él, continuaban perteneciendo al montón anónimo. Y hoy el palacio, mañana una lujosa *limousine*, otro día un viaje por Europa, la familia Palmer fué revelando su "clase", derrochando dinero en abundancia para la adquisición de todo aquello que se considerara imprescindible al iniciar el aislamiento que había que mantener a toda costa a fuerza de arrogancia y demostraciones de riqueza, quebrantándolo únicamente por pura condescendencia.

Naturalmente, Mildred Palmer y Alice Adams dejaron de ser amigas. No podía la primera frecuentar amistades de categoría tan humilde y, por otra parte, Alice ya se había dado cuenta de que era obtener un favor de Mildred el pretender continuar una amistad afectada por una marcada diferencia de posición. Y así, sin explicaciones que tácitamente comprendían inútiles, fueron distanciándose hasta reducir una sincera y estrecha amistad al saludo discreto, frío mejor.

La recepción que por esos días se preparaba, prometía el éxito de siempre. A pesar de todo, Alice nunca dejó de ser invitada y, como siempre, se aplicaba con afán al arreglo del vestido que ya el año pasado luciera en la misma. Dió los últimos toques en los detalles de la reforma efectuada y después de contemplar satisfecha su obra recostó la cabeza en

el respaldo del sillón. Estaba fatigada. La noche anterior había trabajado hasta hora avanzada y esa mañana fué la primera en abandonar el lecho para dejar terminada su labor antes de que el comercio abriese sus puertas. Debía aprovechar bien el día haciendo algunas compras complementarias de su atavío. Algo, no obstante, la preocupaba. Un ramo de flores naturales costaba muy caro y necesariamente debía procurárselo, pero la enfermedad de su padre, que hacia varios días le tenía postrado, había requerido la atención de un especialista y la adquisición de medicamentos. Esto había motivado gastos extraordinarios e imprevistos que impedían realizar en parte los que ella acostumbraba a efectuar para estas ocasiones. Había que acudir, a pesar de todo, a la tienda de flores, siquiera fuese para cubrir las apariencias, y lo demás ya se arreglaría con un poco de ingenio.

Con gesto de cansancio se pasó una mano por la frente y, poniéndose en pie, atendió al arreglo de su tocado y se preparó para salir a la calle.

• • •

—Quisiera un ramillete, como para una recepción— manifestó a la florista.

—¿La recepción de Palmer, acaso?— preguntó la florista, buscando entre los grandes ramos que cubrían el pequeño y perfumado recinto—. Hoy vino tanta gente, que apenas si me quedan un par de orquídeas...— Y presentándolas en ramillete con el complemento de algunas hojas de adorno, agregó—: Cinco dólares cada una.

—No, llevé orquídeas la última vez...— declaró Alice displicente, abarcando con una mirada las existencias de la tienda.

—¿Y gardenias? Le haré un corsage por seis dólares y medio.

—No, son muy ordinarias... Quiero algo nuevo... Cuando se va mucho de bailes, es difícil mantenerse original... — Y agregó, señalando unas violetas, siempre con el mismo gesto de elegante indiferencia—: Esas violetas son hermosísimas.

—A dos dólares el ramo. Las primeras de la temporada.

—No; lo siento. Me gustan, pero no van con mi vestido— y con un leve mohín de disgusto añadió—: Debl haber venido más temprano, pero... ¡estuve tan solicitada! No veo qué me atraiga... Gracias de todos modos.

Sonrió Alice al decir esto y salió de la tienda. Había logrado representar a maravilla su papel y se sentía relativamente satisfecha. La verdad era que no llevaba ya en su bolso más que unos céntimos. Pero tenía su idea y se alejó en dirección al parque.

Cuando llegó era ya mediodía y eran muy escasos los que aun se paseaban por los senderos sombreados. Un gran letrero le salió a su encuentro al volver un recodo:

PROHIBIDO CORTAR FLORES

Siguió adelante y al llegar a unos jardinillos cuajados de violetas echó un vistazo en redondo, asegurándose de que por esa parte no vigilaba el guardián. Quizá estuviese comiendo, pensó, y púsose febrilmente a cortar violetas. De cuando en cuando llegaba hasta ella el ruido de pisadas y, escondiendo las flores detrás de su sombrero que llevaba a modo de canastilla, se paseaba con el aire distraído de quien está haciendo hora sin prisa alguna, para ir a comer. Así hubo de interrumpir y volver varias veces a su tarea. Cuando la dió por terminada, ocultaba bajo el sombrero un respetable ramo. Según el precio que la florista le había pedido, calculó mentalmente y sonrió satisfecha al tiempo que entraba en su casa. Cuatro dólares le hubiera costado en la tienda el ramo que llevaba.

—Alice, ¿cómo tardaste tanto? — le preguntó su madre.

que en ese momento se dirigía hacia la habitación del señor Adams.

—Fui al parque por violetas. Tengo 186 para esta noche.

—¡Pobrecilla! A eso llegaste...

—No tiene importancia... ¿Y papá? —preguntó, mientras con sumo cuidado dejaba el ramo en un búcaro de su alcoba, contigua a la de sus padres.

—Hoy está mejor, mucho mejor.

—¡Ah! ¿Eres tú, eh? —exclamó Adams sonriendo al ver a su hija.

—¿Quieres algo más, Virgilio? ¿Fruta? —preguntóle su mujer.

—¡No tomaste la sopa! —le reprochó Alice.

—Debes comerla y ponerte fuerte... para echarte por ahí en busca de algo bueno —interrumpió nuevamente la señora Adams.

Como siempre, el disgusto, que alguna humillación sufrida por sus hijos le ocasionaba, encontraba inmediato desahogo en su esposo. Él tenía la culpa de todo lo que sucedía tratándose de dificultades económicas. No había sabido aprovechar la menor coyuntura para mejorar su situación, lo mismo que otros como él lo habían hecho. ¡Qué vergüenza! ¡Alice, tan buena, tan educada, teniendo que robar violetas en el parque por no poder gastar en un ramo!

—¿Ya vuelves con tus indirectas? —protestó Adams.

—Cuando estés bien, no pensarás volver al tenducho aquel...

—¿Tenducho, eh? ¡La droguería de Lamb es la mejor del Estado! —exclamó indignado, tratando de incorporarse en el lecho.

—¡Para lo que ganas en ella! Debes buscar algo mejor, si no por mí por tus hijos — y a pesar de los gestos desesperados de su esposo, agregó —: ¡Mira a tu hija! Va de baile con un vestido de hace dos años...

—Mamá, ¿no puedes esperar a que papá se reponga para sermonearle? —terció Alice.

—No le sermoneo. Además, Alice, yo sé cómo manejar a tu padre.

—¡Pobre papá! Cada vez que mejora, alguien le regaña y recae de nuevo... ¡Qué infamia!

Alice era el consuelo de sus padres. Uno y otro le confiaban sus dudas y, comprensiva como era, trataba siempre de calmar los ánimos cuando alguna discusión, siempre por los mismos motivos, ponía una nota de discordia en la buena armonía de su hogar. Siempre estaban de acuerdo padre e hija, porque con ella todo se podía explicar sencillamente.

—Me enfurece que llamen tenducho al almacén de Lamb, después de pasarme en él la vida. Pese a lo que me diga tu madre, a mí me gusta trabajar allá.

—Es que mamá cree que no te tratan como te mereces.

—Nunca me faltó el ascenso, cada dos años, y dieron empleo a Walter en cuanto lo solicité... —Y prosiguió, ya más tranquilo—: El señor Lamb me reserva el puesto a pesar de esta enfermedad tan larga... ¿No es consideración esa?

Signió un silencio, durante el cual Adams evocó su labor durante los años que llevaba trabajando para Mr. Lamb. De simple aprendiz había ingresado en la droguería que entonces poseía el padre de su actual propietario y cuando aquél se retiró de los negocios, signió al lado de su hijo, al que le unía una gran amistad compartida desde los años de estudiantes.

Siempre consideró como algo sagrado la lealtad que debía a la casa donde se había ido formando y fué siempre también el primero en cumplir correctamente, ajustándose a las normas de trabajo que regían en la misma medida para todos. En cambio, en las horas de asueto, Lamb era el que solía quebrantar la fórmula, dando a su amigo ocasión para charlar amigablemente, paseando por el parque un buen rato antes de retirarse a sus respectivos hogares.

—Es duro de creer que se ha hecho lo mejor posible y saber que el jefe le aprecia a uno... ¡para que tu madre diga que soy un fracasado! — exclamó de pronto Adams con gesto de amargura.

—¡Tú no eres un fracasado! Voy a amonestar a mamá — protestó Alice.

—¡No hagas tal cosa! No quiero armar otra trifulca.

—No tengas cuidado. — Y Alice, dejando a su padre, fué en busca de la señora Adams.

—¡No será egoísmo espolpear a papá de esta manera? Al fin y al cabo, tenemos lo bastante.

—¿En qué auto vas a ir al baile esta noche? Me figuro que habrás encargado orquideas... — fué la respuesta irónica de su madre.

—No, mamá, violetas. Las primerísimas de la temporada — respondió Alice en el mismo tono, resignada a llevar por ese camino la cuestión.

—Y tendrás vestido nuevo...

—Transformé el de organdí y le puse unos volantes.

Pero intencionadamente, volvió a la carga su madre, preguntando:

—¿Qué llevará Mildred Palmer?

—No sé... Probablemente el vestido de *georgette* que se compró en París.

—Ahí llega tu hermano — indicó la señora Adams, señalando hacia el jardinillo de la entrada.

—¿De seguro me acompañará al baile?

—¡Claro! ¿Por qué no?

—Puede que tenga una de sus citas misteriosas...

—No temas y déjale por mi cuenta.

Era Walter Adams uno de esos muchachos despreocupados para quien los formalismos resultaban estupideces inventadas por algún mequetrefe desocupado para hacer imposible la vida al resto de la humanidad. Todo lo que no fuese espontáneo, bruscamente espontáneo, en gestos o palabras,

lo consideraba absurdo y digno de desprecio. No era torpe, pero entendía la vida a su modo, aplicando una filosofía algo dura para lo que no iba de acuerdo con su modo de ser y pensar. Muy joven aún, ello no era obstáculo para que ya supiese mucho más que hombres de la edad de su padre, ya fuere en cuestiones de juego en toda su inmensa variedad, o de mujeres, de las que tenía un concepto muy especial. Salvó a su madre y su hermana, a quienes quería entrañablemente, siendo su cariño de esos que no se manifiestan ruidosamente, el resto de las mujeres eran para él consideradas al igual que el resto de los hombres fuera de su padre. Lo mismo era un amigo que una amiga, un anciano que una anciana, un niño que una niña. ¡Más consideraciones! ¡más respeto! ¡mejores modales! ¿Por qué? Eso del sexo débil era un mito. Conocía a todas sus compañeras de gimnasio, de remo, de natación, en reñidas competiciones con ellas, y sabía aquilatar sus buenas cualidades y músculos para todo lo que fuesen ejercicios de violencia. Y si durante el día unas hacían eso, otras veía él por la noche que fumaban y bebían con la mayor naturalidad y en la misma proporción que los hombres que las acompañaban. En fin, fuera de la que por unos días o quizá por unas horas constituía su flirt, las demás le importaban un rábano. Por lo demás, Walter Adams era lo que vulgarmente se dice un buen chico. Trabajaba también en la casa Lamb, y aunque le gustaba trasnochar, quería y ayudaba a su familia, sin proporcionarles mayores preocupaciones o disgustos.

—¿Cuándo comemos?— preguntó al divisar a su madre en la cocina y atraído por el olorillo agradable que la misma repartía por la casa.

—No hay prisa— fué la respuesta intencionada de su madre, y le miró de reojo para calcular su efecto.

—¡Tengo cita!— exclamó Walter lacónico.

—Ya veo que te acuerdas del baile de Palmer. Prepara tu ropa.

En efecto, no se acordaba ya de semejante cosa. Se echó

el sombrero sobre la nuca y frunciendo el entrecejo respondió con evidente disgusto:

—Te dije hace una semana que no voy allá.— Se dirigió hacia el dormitorio de su padre seguido de su madre y agregó—: Yo no soy ningún lechuguino... ¡Prefiero mascar vidrios a ir al baile de Palmer! ¡Que la lleve otro! Ya es hora de que tenga novio.

—¡No te niegues, Walter!— rogó la señora Adams—. Lleva ya días suspirando por ir a ese baile. Hoy se pasó horas en el parque haciéndose un ramo de violetas, porque no tiene para otras flores.

El gesto de resignación de su hijo dio a la señora Adams la respuesta que deseaba. Cuando llegaron hasta la cama del enfermo, Alice estaba haciendo compañía a su padre y esperando el resultado de la discusión.

—Walter tendrá mucho gusto en acompañarte— dijo sonriendo su madre.

—Sí, se le nota la cara de satisfacción.

La tarde tuvo para Alice las mismas preocupaciones de la mañana. Había mil detalles que ultimar y trabajó intensamente, sin abandonar por eso las ocupaciones habituales que podían hacer de ella el día de mañana una excelente ama de casa. Cuando por fin tuvo la seguridad de que no faltaba a su indumentaria nada que añadir, comenzó a vestirse.

—¡Bien, bien! Estás guapísima... Alice, ¿quién es el novio?"

—Me trata como a una reina, ¿eh?"

—Se ve que derecho sin reparo."

—¡Qué bien huelen! Más les vale, si han de ir contigo de baile."

Así dialogaba Alice, que ante el espejo, contemplaba su figura, cuya belleza realzaba el sencillo pero gracioso vestido que había arreglado para la recepción. Imaginábase en el baile, rodeada de admiradores, festejada, solicitada...

Sabía que la modestia de su atavío contrastaría notable-

mente con la suntuosidad de que hacían gala todas las demás jóvenes que solían concurrir a estas recepciones, pero el efecto no dejaba nada que desear en conjunto. De crítica los detalles se encargaban, como siempre, las que con ese único fin acudían y entre ellas, muchas de las madres que, sentadas formando pequeños grupos, fiscalizaban, comparaban y criticaban despiadadamente, teniendo buen cuidado de adular a la hija de su vecina, recabando para la propia el elogio recíproco.

Ya ataviada, abandonó su alcoba, pasando a la de sus padres. Entró con paso ceremonioso como lo hubiera hecho al llegar al salón de baile.

—¿Quién la acompaña? — preguntó a su esposa el señor Adams, que contemplaba a Alice sumamente complacido.

—Walter.

—Walter... ¡Qué vergüenza, con lo bonita que es Alice, tener que ir con su hermano! — exclamó apenado su padre. — Le sobrarían pretendientes de tener ropa decente.

—¿Qué tiene de malo su vestido? — preguntó asombrado.

—¡Tú me entiendes! ¡Nadie la corteja porque es pobre y vive pobremente!

—¿Vas a repetirme el sermoncito? — atajó vivamente Adams.

—¡Y lo seguiré repitiendo! — recalcó con expresión energética la madre abandonando la habitación.

Alice había reanudado su diálogo ante el espejo. Sonriendo, decía a sus imaginarios solicitantes:

—No puedo bailar con todos ustedes a la vez.

—¿Por qué no te acompaña uno de esos galanes imaginarios? — le interrumpió su hermano que en ese momento volvía. Cuando tuvo la certeza de que ya no podría evitar ir al baile con su hermana, viendo que el tiempo no se presentaba propicio, había salido apresuradamente para pedir a un amigo suyo que le prestase el coche.

—Adivino que te mueres por acompañarme... — le res-

pondió Alice con gracioso mohín que acabó por exasperar a su hermano.

— ¡Estás encantadora, Alice! — le dijo su madre cuando se presentó en el comedor.

— Ojalá no tenga que bailar con Frank Dowling, aunque me gustaría que me invitase... para poderlo rechazar. Sueño con bailar con un galán romántico, alto, moreno...

— Ponte el impermeable de tu padre... — le advirtió la señora Adams, cuando al levantarse de la mesa se preparaban para salir.

— No lo necesito. Iré en taxi.

— ¿Y al entrar y salir del taxi? Empieza a chispear...

En efecto, la noche se presentaba tormentosa y gruesas gotas de lluvia comenzaban a poner su luminosa intermitencia en el asfalto, frente al cuadro de luz de la puerta.

Walter, que había precedido a Alice, esperaba en la calle, junto a una destartada camioneta ante la que su hermana quedó estupefacta. Al notar su indecisión, aclaró:

— Me lo prestó un amigo.

— ¡Yo no monto en eso! — exclamó ella. Pero hubo de decidirse ante la violencia que el temporal iba cobrando.

Antes de llegar a la casa de los Palmer ya el agua caía a torrentes. Traspusieron la verja, pero, al ver la cantidad de suntuosos automóviles que había estacionados ante la entrada principal, Alice hubo de hacer cambiar de idea a su hermano que ya dirigía el carricoche hacia allí para situarlo bajo la marquesina, donde un lacayo de librea recibía a los invitados con un paraguas para ayudarles a trasponer, sin mojarse, la escasa distancia que mediaba desde el enarenado camino hasta la escalera.

— ¡Por ahí no! Dejemos esta ruina donde nadie la vea...

— ¡Ahora tengo que desfilar por ahí! — replicó su hermano, que no encontraba solución, tan cerca como estaban ya de la entrada. Y al notar el gesto de disgusto de Alice, preguntó: — ¿Quieres volver a casa? Yo, encantado.

—No, pasa de largo y déjalo entre esos árboles — se le había ocurrido de pronto esa solución, al ver que el lacayo estaba en ese momento ocupado con otros invitados que acababan de llegar.

Pasaron rápidamente ante la puerta y Walter detuvo el vehículo a unos cincuenta metros de la misma, bajo unos árboles corpulentos del jardín.

—¡Un momento! — dijo, quitando la llave del contacto—. Quiero asegurarme de que no me lo robará uno de esos millonarios—. Y apeándose ambos hermanos, se dirigieron apresuradamente hacia la casa bajo una lluvia torrencial. Antes de llegar, Alice advirtió a su hermano, entregándole el impermeable de su padre, que se había echado sobre los hombros:

—Déjalo en el guardarropa, como si fuese tuyo... de repuesto. — Luego, encarándose con el lacayo, dijo, ensayando una pose magnífica de elegante condescendencia:— Se nos terminó la gasolina antes de llegar. ¡Qué contrariedad, con este tiempo! — y agregó en voz alta, señalando una pequeña habitación habilitada para guardarropa:— Walter, deja allá tu impermeable.

—¿Querrás que baile contigo, eh? — le preguntó su hermano cuando bajaban la escalera hacia el salón.

—Sí, Walter, volveré en seguida — respondió con gesto lánguido, contemplando el brillante espectáculo que ofrecía el salón de enormes proporciones y profusamente iluminado.

—Ponte natural, que nadie te mira — le advirtió su hermano, anoscado ante la perspectiva de solemne aburrimiento que tenía a la vista.

—Vamos a charlar con Mildred y los Palmer.

—Yo no tengo nada que decirles.

Dijo esto y se separó de su hermana. Esta se dirigió hacia los dueños de la casa, saludándoles con la mejor de sus sonrisas.

—Noto que te pusiste el vestido de *georgette*. — dijo

a Mildred Palmer, y ésta consideró suficiente corresponder con una leve sonrisa a esta sencilla indicación.

—Conoces a mis padres, supongo — dijo. Y Alice les saludó con una graciosa inclinación de cabeza.

Ya varias parejas se habían decidido y el salón se animaba por momentos iniciándose el baile y saturando la atmósfera con los más delicados perfumes. Alice regresó hasta donde había dejado a su hermano y se lanzaron de improviso al centro del salón, mezclándose entre las otras parejas.

—Para mí es un misterio el que sepas bailar así. — Y la verdad, Alice estaba asombrada. Walter ponía cátedra bailando el tango que en esos momentos tocaba la orquesta. Para él no existía su hermana como pareja de baile y, ajustado, marcando los pasos con académica exactitud, con su rostro pegado al de Alice, no sentía en ese instante más que la influencia de esa música y la satisfacción de su fama de buen bailarín adquirida en sinnúmero de exhibiciones que sus frecuentes salidas nocturnas le deparaban.

—¿Crees que sólo se baila en este almacén de momias? — contestó, al tiempo que marcaba un ocho magistral.

—¿Momias? Yo sólo veo caras alegres... ¡Mira!

—¿De modo que la familia Palmer no te parece un grupo de momias? — preguntó Waffer al tiempo que dirigía una mirada hacia donde la familia Palmer se encontraba recibiendo a los invitados.

—¡No! Son gente muy digna, y no quiero que los menosprecies — protestó Alice indignada.

—De tí se alejaron como de la peste.

—¡Qué fantasía tienes! Mildred es amiga mía...

Se interrumpió al ver entrar en el salón a la hija del patrón de su padre y hermano.

—Henrietta Lamb... ¿Te gusta su vestido? — indicó a su hermano.

—¡Qué huesuda es! — comentó éste despectivamente.

—¿Qué hace aquí, compadre? — El negro que dirigía la

orquesta le había dirigido esta pregunta a Walter sin cesar de bailar y sacudir la batuta y aprovechando que la pareja paraba por su lado. Evidentemente, eran ya muy conocidos, quizá por la frecuencia de sus encuentros nocturnos en bailes más demeríticos. Y una amplia sonrisa puso por un momento en la cara del *jazzman* el contraste de su blanca dentadura.

—Vine a traer a mi hermana— contestó éste sencillamente, sintiéndose momentáneamente satisfecho al comprobar la presencia de un buen amigo, tan distinto a los estirados caballeros con quienes por desgracia debía alternar esa noche.

—Aristocratizándonos, ¿eh?— volvió a preguntar su obscuro amigo.

—Ese es Sam "el flaco"— aclaró Walter, cuando se alejaban del estrado de la orquesta.

—Parece que le conoces íntimamente— observó Alice contrariada.

—Esos, Frank y Elia Dowling.

—Suerte que son hermanos y pueden bailar en comandita.

—Debes bailar con ella... Y con Henrietta y con Mildred...

—¡Antes que bailar con ellas, prefiero hacer gárgaras con alfileres!— Y agregó—: ¡En cuanto me deshaga de ti, me voy al guardarropa a hartarme de fumar!

—No me dejes sola antes de tiempo...— le suplicó Alice, preocupada ante la perspectiva de no tener pareja—. ¡Tunante! ¿No te abochorna bailar tan bien... para abandonarme a las primeras vueltas? Débieras bailar en las tablas... ¡El gran Walter Adams! ¡Cómo te gustaría oír al público vitoreándote!

—Va a hundirse el techo si gritas más. Y yo no soy ruminante— agregó Walter al tiempo que apartaba el ramo de violetas que Alice le había acercado a la cara impensadamente—. ¡No me nutro de violetas secas!

Cesaron los acordes de la orquesta y Walter acompañaba a su hermana hasta uno de los sillones colocados alrededor del salón.

—Yo cumplí con mi deber... — le iba diciendo con evidente cara de satisfacción—. Ahora búscate pareja entre esos íteres.

—¡Organdi! Quizás sea la última moda... — comentó una de las jóvenes sarcásticamente al pasar un grupo de éstas cerca de los hermanos. Y dirigió una mirada significativa al vestido de Alice.

—Puedes irte... pero ven dentro de un rato... — accedió ésta, dirigiéndose a su hermano, sin que le hubiese pasado por alto el comentario motivado por su traje. Quedó sola mientras Walter se alejaba hacia el guardarropa, con la sana intención de fumarse unos pitillos con entera libertad.

—¿Ballamos, Alice?

—¡Ah, Frank Dowling, con mucho gusto!

Era éste uno de esos retrasados mentales, aunque su aspecto y estatura estuviesen en discordancia absoluta con el estado patológico de su capacidad cerebral. Y era éste también el muchacho a quien Alice hubiese gustado de rechazar, pero... ante la perspectiva de una soledad humillante, prefería hallar con este niño grande a quien su mamá estaría seguramente buscando en ese momento.

Era un martirio bailar con él. Cualquiera de las jóvenes allí presentes hubiese preferido andar cincuenta kilómetros que entregar sus pies al castigo que les infligía ese mastodonte. Y torpe para bailar, lo era asimismo para hablar, pues se comía la mitad de las palabras. En fin, una joya... con dinero como engarce. Así, no era extraño que su madre lo llevase con el "inocente" propósito de pescar alguna rica heredera que aumentase la fortuna y prestigio de la familia.

¡Pobre Alice! ¡Cuántas veces, durante el transcurso de ese vals de pesadilla, había podido calcular mentalmente y

con pruebas, el número de libras en peso que envolvía el frac de su funesta pareja!

— ¡Qué bien estuvo! — se atrevió a insinuar el otro, a pesar de todo, cuando la orquesta hubo terminado ese vals que a ella le había parecido eterno.

— Sí... ¿Nos sentamos un ratito? — contestó, arrastrando a su compañero hacia un rincón de la sala.

— Bueno... No mire, pero es que mamá quiere atraparme para que baile con Elia... Vámonos — dijo alarmado, al ver que se acercaban hacia donde su madre, sentada con otras señoras, buscaba con la vista a su hijo. Y se alejaron en dirección contraria.

Por fin, se sentaron protegidos por unas columnas. Prosiguió, mientras Alice pugnaba por deshacerse del ramo ya marchito empujándolo con el pie debajo del sillón:

— Quiere también que baile con Henrietta y Mildred, pero yo prefiero a usted. — Dijo esto ruborizándose y jugueteando con sus manos, sin atreverse a levantar los ojos. Usted no es orgullosa como ellas. Nunca me negaría usted un baile...

Pensaba Alice: "¡Si supieras que su orgullo consiste en evitar el tener que andar después una semana con muletas!"

— ¡Arthur! Por fin llegaste...

La exclamación partía de Mildred Palmer, al ver que hacia ella se acercaba, tendiéndole la mano, un joven elegante y de simpático aspecto.

— Siento haberme retrasado... ¡Qué hermosa estás hoy! — dijo disculpándose y saludando luego a los padres de Mildred.

— ¿Quién es el que está con Mildred? — preguntó Alice a su amigo.

— Ese es Arthur Russell.

— ¿Arthur Russell? Nunca oí hablar de él — comentó interesada.

— Es un primo lejano de los Palmer. Dicen que es muy rico y que tiene relaciones con Mildred. — Y agregó, compro-

bando con satisfacción que esto le daba motivo de conversación—: Si no son prometidos, pronto lo serán. Mi hermana Ella dice...

—Pasémosle por alto — interrumpió Alice, que no deseaba revelar su interés por el recién llegado— Hablemos de algo más agradable que mister Russell.

—Yo estoy dispuesto... ¿De qué hablaremos?

—De nada... ¿Qué le parecería si siguiéramos sentaditos? Fijese en la orquesta, Frank... ¡Es colosal! — decía tratando de distraer la atención de éste para contemplar mientras tanto libremente al pariente de los Palmer, a quien éstos trataban de retener a su lado con visibles muestras de satisfacción—. Me dijeron que el director se llama Sam "el loco"... Qué tontería, ¿verdad?

—Bueno, ¿y ahora? ¿Hablamos o seguimos sentaditos? —preguntó Frank, a quien el silencio por falta de tema interesante le resultaba embarazoso.

—Sigamos descanzando... ¿No le parece? — se apresuró a contestar Alice, a quien aterraba la idea de tener que volver a bailar con él.

—Henrietta Lamb accede a bailar contigo, si vienes ahora mismo.

La madre de Frank había dado por fin con el paradero de su hijo y no disimuló un gesto de disgusto al ver a Alice. Seguramente no la consideraba lo suficientemente distinguida y, no ofreciendo un partido apropiado, descaba alejarlo de ella.

—Mira, mamá, yo hallo con quien me place... ¡Ya no soy un nene de seis años! — protestó contrariado.

Esta respuesta, que significaba un pequeño triunfo para Alice, exasperó a su madre, que contestó con altanería:

—Quise hacerte un favor... Me duele mucho que mi hijo me hable así... ante gente extraña.

—Vaya, Frank, se lo ruego — interrumpió Alice, que no se dio por aludida ante el desprecio que las palabras de la señora Dowling significaban hacia su persona.

—¿Lo ves? Hasta miss Adams piensa como yo — terminó la dama en cuestión y se llevó a su hijo como si se tratase de una criatura a quien se ha encontrado en mala compañía.

Nuevamente quedó sola Alice. Bien se ponía a prueba su resignación ante las constantes muestras de inferioridad de que la hacían objeto. Un retrasado mental era el único que hasta entonces había sabido comprenderla y esta ironía la llenaba de amargura. No lo comprendía y quizá fuese mejor no pretender comprenderlo. ¿Para qué? Ella podía condenar a la sociedad, pero... no sabía hasta qué punto tenía su madre razón al pretender que ella frecuentase un círculo social que se le mostraba francamente hostil. Alguien la sacó de su ensimismamiento.

—¿Están ocupados estos asientos?

—Sí, lo siento. Espero a mi pareja — respondió, apoyando su mano en el respaldo del sillón contiguo. Luchaba entre el deseo de quedarse y el de ir en busca de su hermano para que la acompañase a casa. Un grupo de jóvenes se acercó bullicioso. Entre ellos iba una muchacha, pugnando por zafarse de sus acompañantes, mientras forcejeaba riendo a carcajadas.

—¿No, no puedo bailar con todos ustedes a la vez! — decía cuando pasaban precisamente ante Alice. El grupo se detuvo y uno propuso:

—El que gane baila con ella. — Y fueron colocando sus manos alternativamente, una encima de otra. Uno de ellos se llevó a la joven de la mano hasta el centro del salón, donde las parejas continuaban bailando sin descanso.

—¿Conocerá usted a mister Walter Adams? — preguntó Alice a uno de los criados que por allí pasaba.

—Sí, le conozco, pero no sé dónde está, señorita.

—Si le ve, dígame que su hermana le necesita con urgencia.

Walter podía haberse dirigido al fumador, donde algunos jóvenes y hombres de edad se ocupaban en llenar la

estancia con el humo de los cigarrillos. Pero no le atraía la conversación insulsa de los unos y no entendía los temas formales de los otros que, por otra parte, le aburrían solemnemente. Así que decidió introducirse en el guardarropa, donde bien pronto iniciaba una interesante partida de dados con los criados. Y desde ese momento, todo lo demás había dejado de existir para él.

—Su hermana le busca —le advirtieron.

—¡No me moleste, que esto es muy serio! —contestó sin volver la cabeza.

Alice seguía aguardando a su hermano. A pesar de la indiferencia que quería aparentar, un creciente abatimiento se iba apoderando de ella poco a poco. No obstante, un pequeño incidente vino a poner una nota de animación y esperanza en su espíritu inquieto. Pasaba el joven Russell ante ella y al fijarse en el ramo de violetas que estaba en el suelo bajo su sillón lo recogió y entregó a su dueña. Y una amplia sonrisa, amplia y simpática, acompañó su gesto amable. Alice le siguió con la mirada hasta que le vió perderse entre los grupos de invitados. ¡Qué amable y atractivo era! ¿Sería verdad que estaba prometido con Mildred? Se levantó dirigiéndose a la parte del salón donde algunas señoras de edad habían formado una pequeña pero animada tertulia. Se acercó a una de ellas y le preguntó:

—¿Puedo charlar con usted, señora Dresser?

—Claro que sí... ¿Cómo es que no está usted bailando? —inquirió ésta, extrañada ante la anomalía que significaba el que una joven tan atractiva como Alice prefiriese su conversación al baile.

—Estuve bailando y quiero descansar un poco —contestó sonriendo. Estaban hablando animadamente, cuando se acercó Mildred con Arthur Russell del brazo.

—Alice —le dijo— éste es míster Russell... Desea bailar contigo.

No dejó traslucir la emoción que esto le producía y una vez efectuada la presentación se dejó llevar suavemente.

Su turbación no le permitía hablar, pero sentía la necesidad de expansionarse, de reír, de divertirse como había soñado hacerlo antes de salir de casa. Algo había, no obstante, en su pareja que le hacía sentirse dichosa bailando así, en silencio. A pesar de todo, rompió el fuego la primera.

—A usted no le gusta hablar, parece.

—Por lo general, sí— respondió él sonriendo.

—¿Y por qué no habla?

—Cuando se baila tan bien como usted, la conversación no es necesaria.

—Eso depende del interlocutor.

Cuando la pieza hubo terminado, mister Russell, teniendo aún del brazo a su pareja, decía:

—Quisiera seguir bailando con usted, pero... ¿Dónde está su próxima pareja?

—Prometi a mi tía charlar con ella un ratito... ¿Quiere acompañarme adonde ella está?— repuso Alice y, por un momento, sus mejillas se ruborizaron ligeramente. Ningún parentesco la unía a la señora Drésser, pero ante la idea de revelar a su nuevo y simpático amigo el aislamiento en que se encontraba, prefirió mentir, constituyéndose en la ignorada sobrina de aquella señora.

—¿Quiere hacerme un favor?— preguntó, antes de que Russell se retirase.

—Estoy deseando poderle ser útil.

—¿Le molestaría buscar a mi hermano? Debe estar en el fumador.

Poco tardaron en regresar los dos. En la cara de Walter se notaba la poca gracia que le había hecho el que le enviasen a buscar por segunda vez, aunque poco le preocupaba el que le hubiesen encontrado jugando a los dados con la servidumbre.

—Debí ser tarea difícil encontrar a mi hermano...

—Al contrario, muy fácil.— Quizá no entendió Alice el significado de su sonrisa, pero, la verdad, no presentaba

gran dificultad encontrar a uno de los invitados fuera del salón. Lo contrario hubiera sido más difícil.

—Mildred no me perdonará el haberle retenido... — dijo Alice queriendo cerciorarse (o intentándolo) de algo que la preocupaba. Pero no logró saber gran cosa ante la cumplida respuesta del joven, que respondió estrechando su mano:

—Para mí fué un gran placer.

Y por segunda vez, Alice vió con pena cómo Russell se alejaba de ella, dejando entre ambos el interrogante de unas miradas que si nada podían afirmar, significaban mucho más que todas las palabras vanas, sin sentido, que los oídos de muchas jóvenes escucharon halagados esa noche.

—¡No vuelvas a hacerlo! Nunca más mandes a nadie en mi busca! — advirtió Walter a su hermana cuando quedaron solos.

—¿Acaso no te encontré?

—Sí... ¡jugando a los dados en el guardarropa!

—¿Te vió? — preguntó alarmada.

—A menos que sea ciego...

—Vámonos a casa — indicó a su hermano, contrariado por lo que éste acababa de revelar.

Era ya bastante tarde cuando llegaron y sus padres estaban acostados. No obstante, la señora Adams oyó a su hijcuando en la habitación contigua se preparaba para acostarse.

—¿Te divertiste mucho? — le preguntó desde la cama.

—Sí, mamá, mucho. Buenas noches.

Pero Alice no tenía sueño. Fué hacia la ventana y apoyando la frente en el cristal comenzó a llorar con amargura. Fuera la noche dejaba caer también sus lágrimas de lluvia en los cristales.

• • •

—¿En qué piensas, papá? — preguntaba Alice a la mañana siguiente dirigiéndose a su padre, que, sentado en una mecedora, tomaba el sol bienhechor que ponía pinceladas bri-

llantes al reflejarse en los rastros de lluvia del pequeño jardincillo.

—Estoy pensando qué es lo que voy a hacer cuando vuelva a trabajar...

—Volverás a la droguería de Lamb, por supuesto — afirmó Alice, sabiendo que ello satisfaría a su padre.

—Anoche te oí llorar cuando volviste del baile... — dijo mister Adams mirándola fijamente.

—No fué nada... papá... los dichosos nervios — respondió, esquivando su mirada.

—No disimules. Yo sé qué pasó.

—No pasó nada... Uno de mis arrechuchos.

—Tu madre tiene razón... Tú debes tener tanto como otras muchachas, y es mi deber ganarlo para ti — afirmó apesadumbrado.

—¡Qué bueno eres! Yo soy la que debe pensar en hacer algo — habíale pasado un brazo alrededor del cuello, sentándose en el borde de la butaca. Luego prosiguió: — He estado pensándolo bien... y veo que es hora de que me decida seriamente a ser algo... alguien. Hay algo que me gustaría hacer... y además sé que puedo hacerlo — ante la mirada interrogante de su padre, aclaró: — Quiero dedicarme al teatro. Valgo para actriz. — Mister Adams reía y ante el asombro de Alice, hubo de explicar:

—Me recordaste a tu tía Flora y a tu madre de jóvenes. Ambas querían ser actrices... Yo a veces tenía que esconderme para reír...

—Quizás te equivoques. El que ellas pensasen así, prueba que hay vocación y talento artístico en la familia — repuso muy seria Alice.

—No... El noventa por ciento de las mujeres creen que serían grandes actrices de deparárseles ocasión...

—Mientras piensan en ello son felices y no hacen mal a nadie... — razonó ella y por su cara pasó una sombra de tristeza.

—¿Qué te pasa, Alice?

—Nada— y sonriendo nuevamente, agregó—: De lo que estoy segura es de que volverás con mister Lamb.

—Es un buen empleo, Alice. Allá tengo buenos amigos... ¡Cuánto nos hemos divertido a veces!

—Más que en casa, de seguro— insinuó Alice sonriendo.

—Yo no diría tanto...— se interrumpió al ver que se acercaba hacia ellos un hombre como de su misma edad y de semblante agradable. Alice salió a su encuentro saludándole.

—¡Mister Lamb, qué casualidad! Papá y yo hablábamos de usted.

—En nombrando al ruin de Roma... ¡Quieto!— advirtió, al ver que mister Adams se levantaba—. ¿Quieres echártelas de fino conmigo? ¡Y está más débil que un gato!

—Ya no estoy enfermo, Lamb— protestó—. Volveré a trabajar dentro de unos diez días...

—¡No se precipite, joven! Cierto que te esperamos, pero hasta que te repongas del todo...

—¡Cuánto le agradecemos su interés por papá, mister Lamb! Sus visitas le resucitan... Bueno... hablen con entera libertad. Yo me retiro.

—Ten calma... Recuerda que tu puesto te aguarda siempre hasta que vuelvas allá.

—Pero me duele cobrar un sueldo que no gano...

—Eso es cosa mía. Tus años de trabajo merecen recompensa y yo me encargaré de dártela.

Mister Lamb se despidió de su buen amigo y subordinado, dejando a éste sumamente satisfecho. Era verdad, sus visitas, desde que había caído en cama, le devolvían la vida con el optimismo y los deseos de retomar pronto al trabajo.

Dentro de la casa, Alice decía a su madre:

—No puedo romedarlo. Mister Lamb me encanta... ¡Parece tan sincero, tan amable!— pero para la señora Adams no contaban las atenciones y la consideración si no se acompañaban con algo más eficaz y tangible. Por eso preguntó con cierta ironía:

—No habló de subírle el sueldo, ¿verdad? No, claro. Por eso quiero que Virgilio deje ese empleo.

—¿Y qué haría papá a sus años?

—Lo que debió hacer hace veinte años. —Y después de una pausa, agregó—: El no quiere que te hable de ello, Alice, pero... Tu padre descubrió una fórmula para fabricar la cosa más fuerte del mundo. Cola de pegar... La descubrió en colaboración con un amigo, cuando empezó a trabajar para míster Lamb... Su amigo murió, y la fórmula le pertenece desde entonces a tu padre. Tiene derecho a ella.

—¿Y de qué le sirve si no puede venderla?

—Puede montar una fábrica de cola.

—¿Papá nunca ha visto reunido el dinero suficiente para montar una fábrica! — y agregó, convencida de que su argumento era irrefutable—: Me parece que deliras a ratos, mamá.

* * *

Pocos días después, iba Alice por una de las calles céntricas de la ciudad. Había salido a hacer algunas compras para la casa y cuando, ya de regreso, se distraía contemplando los escaparates, vió por casualidad a Arthur Russell haciéndose limpiar el calzado en un local de limpiabotas. También éste la había divisado y se apresuró a pagar el servicio con ánimo de seguirla. Alice, que había disimulado perfectamente, aprató el paso y en previsión de que el joven no tardaría en salir tras ella, tomó sus medidas y se introdujo rápidamente en un edificio cuyo letrero a la puerta de entrada, decía:

"ACADEMIA COMERCIAL"

—¡Qué coincidencia! Andaba buscándole a usted — dijo míster Russell, descubriéndose.

Alice, que bajaba la escalera como si en realidad hubiese estado gestionando algo en la academia, respondió sonriendo y alargando su mano con elegante gesto:

—Me trajo aquí una misión enojosa. Vine a buscarle otra



—¡Estás encantadora, Alice!



Mientras piensan en ello son felices y no hacen mal a nadie...



—Cuidado, Alice, que los Palmer van a darte «la patada» cuando se enteren.



—¿Nadie más lo haría alejarle?

— Papá hace
siempre una ce-
na muy pesada...
¡Trabaja tanto
en su nueva fá-
brica!



— ¡Nos cree
unos cobardes,
eh? ¡Ya verá!!!



— ¡Insensata
tú, por oírme a
mi madre y a mí!



— Lo he oído
todo y...

secretaría a papá. Tendré que continuar las gestiones. Estaba enfermo, pero ya está bien y ahora necesita una secretaria más.

—¿No puede aplazarlo un poco? — rogó mister Russell.

—Puedo dejarlo para mañana... — respondió después de pensarlo un momento— ¡Sí, lo dejaré para mañana!— Y dicho esto, salieron de la academia y emprendieron juntos el camino, en dirección a la casa de Alice.

—He pensado mucho en usted desde la noche del baile...

—Ya sé qué ha pensado.

—¿Es usted adivina?

—Pensó usted que mi hermano es un jugador profesional— añadió Alice mirándole para ver el efecto que producían sus palabras.

Pero mister Russell no había dado mayor importancia al asunto, por lo que siempre sonriendo, contestó:

—Al contrario. Me pareció muy original verle jugar con los sirvientes.

—Walter es extraordinario... muy excéntrico... Temi que usted interpretase mal aquello... Le atrae lo pintoresco y no le asusta alternar con la plebe, para estudiarla... Acabará por escribir. Es un tipo literario.

—¿Y usted? — atajó el joven a quien no le interesaba tanto la personalidad de Walter como la de su bella interlocutora.

—¿Yo? Yo soy... yo.

—Eso pensé la primera vez que la vi — afirmó mister Russell significativamente.

—¿Qué pensó? ¿Le dijo Mildred cómo soy yo, cuando le instó a bailar conmigo? — preguntó intrigada Alice.

—Mildred no me instó. Fue un pretexto mío.

—Pero, ¿quién le dijo ella que soy yo? — insistió, temiendo que Mildred hubiese revelado su verdadera situación.

—Una tal miss Adams.

—¡Una tal miss Adams! — repitió dándose cuenta del significado de estas palabras— Es una lástima que yo sea

tan distinta a Mildred. Mildred es perfecta... ¡Perfectamente perfecta! Todos la admiramos como a un monumento de nobleza que descuella sobre todos nosotros. De cuantas muchachas conozco, es la única que casi nunca comete una falta.

—Si es perfecta, ¿cómo puede cometer...?

—Toda mujer comete actos mezquinos, de vez en cuando. Yo cometo muchos.

—¡No! Cítame un ejemplo.

—¡Oh, hago cosas atroces! Por ejemplo, los hombres del pueblo me aburren, y se lo digo a la cara. Por eso soy tan mal vista. En las recepciones, prefiero charlar con alguna anciana inteligente a bailar con esos mequetrefes.

—Pero usted baila mejor que cuantas jóvenes conozco.

—No es un gran mérito, con los maestros de baile que he tenido... Para eso son los padres, para colmar de dones a sus hijas. ¡Si me hubiera usted visto cuando me dió por el teatro! Como a todas las muchachas, claro... Yo hacía a solas de Julieta...

“Ah, no jures por la luna inconstante...”

—¿Por qué no acabó de recitar eso?

“No sea que amor sea inconstante.”

—Parece que a Julieta le preocupa mucho el tema de la constancia masculina...

—No se ponga tan serio, que no va con usted.

Ya habían llegado a su casa. ¡Qué corto se les había hecho el trayecto! Pero a pesar de todo, mister Russell se había dado cuenta de muchas cosas. Alice Adams era... Alice Adams, y seguramente que en cien leguas a la redonda no existiría una mujer de temperamento tan notable. Era sencillamente encantadora y todos los demás detalles que no afectasen directamente a su persona no le interesaban lo más mínimo.

—¿Hemos llegado? —preguntó, dirigiendo una mirada a la casa, que presentaba el aspecto de las viviendas modestas, pero limpias y confortables.

—Sí, ésta es la casona donde vivo... — y creyó necesario

explicar—: Mi padre le tiene tanto apego, que no hay quien le fuerce a edificar una casa más moderna... No le duele que derrochemos en otras cosas, pero se niega a cambiar un solo ladrillo de su casucha.

—¿No me invita a pasar?— preguntó mister Russell, que no acertaba a separarse tan pronto de Alice.

—No, ahora no. Puede venir...

—¿Cuándo?

—Siempre que quiera. Al atardecer será mejor.

—¿Pronto?

—En cuanto guste.

Abandonó por fin Arthur la mano de Alice y ésta se alejó por el sendero empedrado que a través del pequeño jardincillo conducía hasta la entrada de su casa. Antes de entrar, volvió la cabeza saludando con la mano a su simpático amigo que aun la contemplaba sonriendo. Un momento estuvo ella detrás de la puerta cancela. Todavía podía ver la figura arrogante del joven y un sentimiento inexplicable la invadió. Algo que jamás hasta entonces había sentido, y alegremente, dió media vuelta y corrió en busca de su madre sin saber ciertamente qué podría decirle sobre las compras efectuadas, que justificase esa prisa repentina.

—Vendrá... No vendrá... —decía Alice por la tarde, mientras deshojaba una margarita de unos ramos ya marchitos que estaba renovando en la sala.

—Esas flores dan mucha vida, Alice — comentó su madre, a quien no había pasado inadvertida la escena de la mañana.

—Voy a salir, mamá... — interrumpió Walter, entrando en la habitación. Y contemplando las flores, agregó—: ¿De quién es el entierro?

—¿No ibas a salir?

—¿Qué significa esto? ¡Ah, ya lo veo! Preparas una buena perspectiva para Russell... ¡Ya te vi con él!

—¿Me viste, Walter?

—Sí, pasé casi rozándote, pero no te diste cuenta... ¡Es-

tabas tan encaramelada con él! — Y dirigiéndose a su madre, repuso: ¡No hay energía como la de Alice cuando "anda de pesca"!

—¿Qué tiene de particular que ese joven corteje a Alice?

—Al parecer es Alice quien le corteja a él... ¿Acaso no sabes que es el novio de Mildred, su prometido?

—No le hagas caso, mamá, ¡Déjale barbarizar!—exclamó su hermana indignada.

—Me informé bien en la tienda, y sé positivamente que Russell es el prometido de Mildred... Cuando el viejo se muera, Russell, en calidad de yerno, ocupará su puesto.

—Eres extremadamente vulgar, Walter.

—Cuidado, Alice, que los Palmer van a darte "la patada" cuando se enteren.—Y ante el gesto de reconvención de su madre prosiguió:—Le hablo como hermano... La quiero y siento que pueda hacer el ridículo... A veces, hasta la compadezco.

—¡Todo porque me viste una vez con él!—le interrumpió impaciente su hermana.

—Sé cómo eres... Pero en fin... ¡Buena suerte! La necesitamos.—Y dicho esto salió silbando como si nada hubiera dicho.

—Walter debe mezclarse con muy mala gente... Se le nota en el modo de hablar—comentó su madre.

—Walter es un buen muchacho—respondió Alice que había reanudado los quehaceres de la casa.

—¿Es cierto que Russell es el prometido de Mildred?—preguntó la señora Adams, sin dar a sus palabras importancia aparente.

—No sé... No me parece que lo sea... No creo que pueda estar comprometido del todo—contestó evasivamente Alice.

La tarde transcurría sin que nada notable viniese a romper la monotonía de siempre. Hacía calor y Alice, con un sencillo vestido blanco que hacía resaltar su cimbreante silueta, se había asomado ya a la ventana muchas veces y simultáneamente había cogido un libro, una labor, había cambiado de

sitio varios muebles que hasta entonces le habían parecido en lugar apropiado y salía en fin al jardín con una frecuencia inusitada, a pretexto de recoger unas flores, para las que luego no encontraba un búcaro desocupado. Así llegó la noche, una noche calucosa en extremo, que invitaba a abrir puertas y ventanas para respirar con desahogo mientras se cenaba.

—¿No piensas acostarte?—preguntó a su hija la señora Adams al ver a ésta una hora después tranquilamente leyendo.

—No sabía que fuese tan tarde. Estaba embebida en este libro.

—No lo tomes tan a pecho...—dijo su madre sonriendo y dándose cuenta de que el libro era un pretexto para aguardar quizás alguna visita esperada desde hacía muchas horas.

—¿Que no tome...? ¿Qué quieres decir, mamá?

Pero la señora Adams eludió la pregunta, sacudiendo un poco de ceniza calda encima de la mesa al tiempo que decía:

—Tu padre es más desordenado que un regimiento entero.

—¿Quieres ir al cine conmigo esta noche?—preguntó Walter entrando—. Ven y lo pasaremos mejor que en aquel baile de momias.—Pero Álice negó con la cabeza.

—Por lo que veo, estoy predicando en desierto—exclamó, encogiéndose de hombros y saliendo.

Poco después sintió Alice que el corazón le latía más apresuradamente que de costumbre. Acababa de ver destacándose ante la pequeña puertecilla de la empalizada al hombre que aquella misma tarde le había hecho pasar horas de tanta incertidumbre.

Saló y se detuvo bajo el tejadillo, que, a modo de marquesina, formaba la entrada algo elevada sobre el nivel del suelo. Arthur Russell avanzó ante la invitación que con un gesto le hiciera Alice.

—¿Qué suerte encontraría en casa!—exclamó, estrechando la mano que ésta le tendía—. ¿Vine demasiado pronto?

—No... Llegó muy a tiempo.—Luego señalando una butaca de mimbre le invitó a sentarse, mientras ella hacía

lo propio en un sofá-hamaca que pendía sujeto por dos cadenas del techo.

—Quedémonos aquí... ¡Cómo brilla la luna!—murmuró con lánguido acento, echándose hacia atrás. Una suave penumbra destacaba su rostro, extrañamente hermoso, perfilándolo magnífico, por un efecto de luz y sombra que le hacía aún más atractivo. Russell la contempló un momento silencioso, y al fin exclamó:

—Hubiera venido antes, pero tuve que asistir a una cena.

—Veo que tiene muchos deberes sociales, Mr. Russell... ¡Le envidio! La enfermedad de papá me tiene sujeta al hogar, y nadie viene a verme... El pobre necesita paz y sosiego, y por eso le recibo aquí fuera. Claro que ahora estamos los dos solos...

—Me alegro. Quería hablar con usted a solas, miss Adams.

—¿Miss Adams? ¡Qué ceremonioso! ¿De qué hablaremos, Arthur?

—De usted—respondió éste inclinándose hacia ella.

—¡Oh, no! No de mí. De usted. ¿Qué clase de hombre es usted?—preguntó sonriendo.

—¿Y qué clase de muchacha es usted?

—¿No se acuerda de lo que le dije? Yo soy... yo.

—¿Y quién es "yo"?

—Eso me pregunto yo a veces.

La señora Adams sentóse a leer cerca de la ventana entornada, al otro lado de la cual, en la pequeña terraza de fuera, dialogaban los dos jóvenes. Alice continuaba:

—El otro día, cuando me acompañó usted a casa, me dió por pensar qué creería usted de mí... y decidí no volver jamás a mostrarme tal cual soy...—Luego, tras una pausa, agregó—: De hacerlo, nunca más volvería usted a verme... ¡Y aquí me tiene, sin embargo, mostrándome de nuevo como soy!

—Alice, quisiera ver a usted con frecuencia... ¿Me lo permite?—preguntó Arthur sin querer dar importancia a las palabras de ésta.

—¡Sí!

—¿Cuándo? ¿Cuándo volveré a verla a usted?

—Siempre que quiera.

—¿Irá al baile de Henrietta, verdad?

—¿Al baile de Henrietta Lamb? Sí, claro... Por supuesto—había contestado mecánicamente, por la sorpresa que la pregunta de él le había producido—. Se me había olvidado el tal baile—mintió, no queriendo revelar que ignorase tal cosa. Pero el efecto de la noticia le había resultado muy doloroso.

—¿Me permitirá acompañarla?—preguntó nuevamente, sacándola de su momentánea abstracción.

—¿Al baile?

—Si no está comprometida...

—No, nada de eso...—respondió Alice, ya más dueña de sí misma—. Es más, ni pienso ir. No voy por papá... El único baile a que he asistido es el de Mildred, pero papá aun sigue enfermo—se disculpó.

La señora Adams había escuchado la conversación, fingiendo atención a lo que leía. Todo su orgullo de madre, todo su amor propio, se rebeló contra la tremenda ofensa que significaba el que la hija del patrón de su esposo olvidase invitar a Alice al baile que pensaba dar y al que ya seguramente estaban invitadas todas las demás jóvenes que habitualmente solían asistir a estas fiestas. Y, como de costumbre, creyendo que todos estos vejámenes tenían su origen en el hecho de no estar ellos a la misma altura social de aquellos de quienes provenían esas humillaciones, fué a descargar con el pobre señor Adams su indignación.

—¿Hasta cuándo esperas que tolere al vejestorio ese?—preguntó a su marido, que quedó sorprendido ante el tono violento e inesperado de la irrupción.

—¿Cómo? ¿Qué vejestorio?

—¿Quién va a ser? ¡Lamb! ¿Crees que voy a resignarme a que pisoteen a mi hija?

—¿Y qué le ha hecho a tu hija?

—La hija de Lamb, Henrietta, ha invitado a su baile a toda la gente de importancia del pueblo... Mr. Russell, un joven de posición, se ha ofrecido a acompañar a Alice al baile... ¡Pero nuestra hija no puede ir porque Henrietta no la ha invitado! ¡Todo el mundo en el pueblo menosprecia a tu hija! ¡Y la culpa es tuya, Virgilio!—recalcó con desesperado acento.

—¡Eso es! ¡Por culpa mía la han tomado con Alice!—protestó impaciente Mr. Adams.

—¡A Mildred no la tratan así porque tiene dinero!—prosiguió implacable—. En este mundo, Virgilio, el dinero lo es todo y Alice podría ocupar la misma posición que otras ocupan, de no fallarnos tú!—El señor Adams, sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, escuchaba el aluvión de censuras mil veces repetidas y otras tantas aguantadas con ejemplar resignación. En su fuero interno quizá reconociese su debilidad de cierta época en que pudo haber destacado, pero habiendo puesto la actuación de tantos años de trabajo al servicio de una lealtad inquebrantable, cubriendo siempre las necesidades y hasta los caprichos de los suyos, no había derecho a echarse en cara una falta que no existía más que en el cerebro de su mujer, que siempre había padecido delirio de grandezas. ¿Es que no bastaba ser bueno, honrado, trabajador? ¿La sociedad, esa sociedad especial, creada para ciertos privilegiados, necesitaba otras credenciales al margen de estas cualidades para admitirle en su seno? Sí, dinero; su mujer lo decía. "El dinero lo es todo." Y sus palabras seguían haciéndote el efecto de tremendos martillazos.

—¡Sí, tú! Hace veinte años, los Palmer no estaban en mejor posición que nosotros...

—Es hora de las gotas—interrumpió, cansado y sin ganas de discutir.

—No hay familia que no pertenezca a un club, ¡excepto nosotros!—siguió diciendo su mujer mientras preparaba la

medicina—. ¡Fíjate en las casas de los demás y fíjate en la nuestra!

—¡Y tú fíjate en las gotas que echas!

—¡Otros padres de familia han progresado, mientras tú sigues en el tenducho ese!

—¡Un momento! Si me fuese de ese tenducho, como dices, ¿dónde diablos iba a trabajar?

—No te pido que hagas lo imposible—replicó ahora con más suavidad su mujer, comprendiendo que no debía desaprovechar la oportunidad.

—¿Qué quieres decir?

—Tú me entiendes... ¿No crees que la situación de todos nosotros cambiaría si te decidieses por fin a explotar por tu cuenta la fórmula de la cola que descubriste hace años? Te pertenece sin duda alguna. Alice aun es joven y podría ser feliz si su padre fuese un hombre de veras.

—¡Un miserable dirás! Esa fórmula es de Lamb! ¡El nos pagó mientras la buscábamos y equivadría a robarla!

La discusión iba cobrando caracteres de violencia y Alice se sentía avergonzada por todo lo que sus padres estaban revelando al joven Russell que, prudentemente, trataba de conversar de un sinnúmero de cosas sin importancia para no darse por enterado. Pero el jardín se llenaba con las voces cada vez más airadas que, a través de la ventana entornada, salían del cuarto del matrimonio. Notó lo violenta que estaba Alice y se levantó para marcharse.

La señora Adams continuaba—: ¿Y él no te robó a ti veinte años de vida, desde que te prometió explotar la fórmula?

—¡Me prometiste no mentar más el asunto!—exclamó indignado su marido.

—¡La felicidad de mis hijos vale más que mis promesas! ¡Insistiré hasta que me muera!

—¿Tengo que volver a oír todo eso?

—¡Sí, hasta que me muera!

—¿Qué sucede aquí?—intervino Alice.

—¿No puedes llevar tela de aquí? ¡Dice que vives mis-

rablemente, Alice! ¿La ves cómo mienta? ¡Mírame! ¿Es tan duro de sobrellevar lo del baile de Henrietta Lamb?

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta?—interrumpió la señora Adams al notar el silencio en que Alice se encerraba. Y desesperado, profundamente amargado, gritó ya fuera de sí:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera las dos!

• • •

El hombre propone y... la mujer dispone. Una tarde magnífica, el matrimonio Adams se presentó en las inmediaciones de un terreno cercado, en las afueras de la ciudad, y en el cual iba surgiendo, a manos de unos cuantos obreros, una sencilla construcción de tablas y ladrillo.

—¿Ha oído usted una fábrica de cola alguna vez? ¿No? ¡Pues vaya preparándose! Aquí está... ¡La fábrica de cola Adams!—exclamó en tono de broma Mr. Adams, dirigiéndose a su mujer y señalando la referida construcción.

—Me parece magnífica, Virgilio, magnífica.

—No está mal para empezar. En teniendo muchos pedidos tomaré el edificio aquel... En tiempos fué una fábrica importante—indicaba un enorme caserón situado enfrente de lo que pronto sería su fábrica. Luego, abriendo un pequeño buzón colocado provisionalmente en la cerca, extrajo unos sobres conteniendo facturas. No encontró en cambio lo que buscaba y se mostró contrariado—. Me extraña no tener noticias tuyas...—murmuró. Y ante la muda pregunta de su mujer, agregó—: De Lamb. Ni siquiera contestó a mi carta.

—Debiste ir a verle en lugar de escribirle.

—¿Yo? ¡No me atrevo ni a mirarle a la cara!

—No temas, que no puede hacerte nada.

—No, porque la fórmula no está patentada. De todos modos, quisiera saber lo que piensa...—murmuró preocupado—Mr. Lamb.

—¡No caviles más! Este es un negocio insignificante para él que tanto tiene, y ni siquiera se acordará.

—Tú no conoces a Lamb... ¡Nunca olvida nada! Es capaz de cortarse un brazo por pagar lo que debe... pero también se cortaría ambas manos por vengarse de aquel que le haya engañado.—Echó una última ojeada a las obras y, consultando su reloj, dijo—: Es tarde. Tienes que dar cena a los muchachos.

—No, hoy no. Walter no viene a cenar, y Alice está con ese joven tan amable, Mr. Russell.

—¿Otra vez?—preguntó extrañado.

—Y creo que pronto serán prometidos.

—¡Yo, trabajando para montar la fábrica, y ella logra lo que quiere sin necesidad de esto!—comentó contrariado, comprendiendo que todos sus esfuerzos quebrantando la norma de conducta de toda su vida, por crear una posición algo más desahogada a su hija, resultaban inútiles.

—Aun no hay que darlo por seguro...

* * *

Alice y Arthur llevaban ya varias tardes dejando transcurrir las horas en íntimos coloquios. Algunas veces discurrían tranquilamente por el parque, ajenos por completo a cuanto les rodeaba. Otras, en que el tiempo no se mostraba propicio a las entrevistas a plena luz, acudían a algún café, ocupando la mesita más aislada que encontraban disponible. Pero su centro de reunión predilecto era un pequeño bar de las afueras de la población, que ofrecía la agradable particularidad de un magnífico merendero al aire libre con sus veladores distribuidos bajo la sombra propicia de corpulentos árboles, tan codiciada en las tardes bochornosas de verano. Una orquesta que con excepcional acierto había omitido toda clase de instrumentos extravagantes, ponía la nota complementaria en el ambiente saturado de romántica belleza. Quizá no tuviese nada de extraordinario, pero una pareja de enamorados poco

más necesita si cuenta con un amable rincón a la sombra de los árboles, una música deliciosa y pueden olvidar el mundo hábilmente secundados por un discreto camarero.

Allí habían acudido esa tarde. Sentados fuera del local ante un pequeño velador, llevaban ya varias horas de agradable conversación. Arthur llamó al camarero diciéndole:

—Que vuelvan a tocar eso. —Alejóse el camarero y transmitió los deseos del joven al director de la orquesta, quien por una ventana abierta al merendero podía contemplar a su gusto la influencia que su música ponía en las parejas.

—¡Ya van cinco veces! —exclamó disgustado, quizá al ver que los dos enamorados se resistían aún sin pasar del diálogo.

—Pues quieren otra más —respondió lacónico el camarero.

—¿En qué piensa? —preguntó Arthur al notar que Alice había abandonado repentinamente su locuacidad habitual.

—En lo tristemente feliz que me siento ahora. ¿No sabe? Solamente los niños son felizmente felices... —murmuró después de una pausa—. Con los años, los instantes felices son algo así como esa música, tan hermosa... ¡y tan triste! —sus manos jugueteaban con una ramita que pendía sobre sus cabezas.

—¿Qué le hace sentirse triste?

—No sé... Uno de esos presentimientos que tengo con frecuencia... Creo que echaré de menos estas noches de verano... con usted.

—¿Por qué? —inquirió Arthur acercándose hasta casi rozar sus cabellos.

—Todo se acaba, tarde o temprano.

—Si mira tan lejos, ¿pensó ya en el sitio donde ha de yacer cuando muera? —preguntó el joven sonriendo.

—Estas noches de verano morizán antes, Arthur.

—¡Qué laconismo más elocuente! Casi se me ha declarado usted en un gesto.

—No se alarme, que no he de recordárselo... Sé que algo ha de interponerse... algo... — luego, reaccionando, agregó—: La gente de este pueblo habla mucho... murmura. A veces no respetan la verdad e inventan lo que ignoran— el fantasma de su mediocridad social volvía a interponerse como siempre, poniendo una nota de pesimismo en la dichosa realidad que vivía, temiendo que Arthur podría abandonarla al enterarse de su verdadera situación.

—¿Y eso qué importa?

—Preferiría que no le dijese a usted mentiras acerca de mí.

—Yo sabría, llegado este caso, descubrir la verdad.

—Ah, si dos seres pudieran aislarse en sí mismos. Ser amigos sin provocar murmuraciones...

—Eso hemos hecho hasta ahora. ¿no? Si insiste en que se acaben estas noches de verano tendrá usted que echarme...

—dijo, presionando ligeramente las manos de Alice, que tenía entre las suyas.

—¿Nadie más lograría alejarle?

Arthur no respondió a esta última pregunta. Atrayéndola suavemente, la besó en los labios.

¡Por fin! Dió a entender con un gesto de triunfo el director de orquesta y puso término con un movimiento enérgico de su batuta al vals que tantos éxitos lograba entre los enamorados parroquianos del merendero.

—Pues no lo echaré — murmuró Alice apretando su cabeza contra el pecho de Arthur.

* * *

—¿Viste alguna vez noche tan hermosa como ésta, mamá? — preguntó Alice a su madre. Llegaba radiante de alegría.

—No, desde que tenía tus años.

—¿Y papá?

—En la alcoba.

—¿Por qué no serán siempre tan hermosas las noches?

—Para ti han de serlo, Alice, porque te lo mereces.

—Yo no me merezco nada, me consta. ¡Pero me siento tan feliz!— Y después de una pausa dijo sonriendo—: No quisiera darte a entender que Arthur y yo estamos comprometidos... No lo estamos. Todo me parece hermoso, pese a cuanto mal he hecho.

—¿Qué has hecho de malo?— preguntó asombrada su madre.

—Muchas tonterías... Mil tonterías insignificantes— respondió apoyándose en el alféizar de la ventana abierta—. ¡Arthur es tan sincero! Me siento muy pequeña junto a él. A veces pienso que no me querría si supiese cómo soy.

—¿Te adoraría?— repuso su madre acercándose y acariciando sus cabellos.

* * *

Esa misma noche, en la alcoba de mister Adams, padre e hijo hablaban también, aunque el tema y el tono de la conversación fuesen bien distintos del diálogo que sostenían madre e hija en las habitaciones bajas de la casa.

—¿Para qué los quieres?— decía mister Adams con gesto de extrañeza a su hijo.

—¡Los necesito!— respondió lacónico y ceñudo Walter.

—¿Para qué? ¿No quieres decirme lo?

—¡Los necesito!

—¿Crees que por decir eso voy a encontrar ciento cincuenta dólares?

—¿No los tienes?— preguntó asombrado su hijo.

—Gasté cuanto tenía en montar la fábrica... Hasta he hipotecado la casa... ¿Por qué me pides dinero a mí? ¿No tienes un buen empleo?— agregó—. Un empleo que no te durará mucho, es cierto. Lamb te despedirá en cuanto sepa lo que yo hice.

—Precisamente ayer habló conmigo.

—¿Qué te dijo?— le interrogó interesado mister Adams.

—Me preguntó cómo marchaba en mi trabajo. ¿No pue-

des buscarme esos ciento cincuenta dólares? — agregó impaciente Walter.

— ¡No tengo ni ciento cincuenta centavos! ¿Crees que soy la casa de la moneda?

— ¡Lo esperaba! Tú nunca hiciste gran cosa por mí — y diciendo esto, el muchacho salió dando un portazo y dejando a su padre preocupado por tan extraña solicitud.

Sentada en la pequeña terraza que daba acceso a la casa estaba a la mañana siguiente la señora Adams ocupada en sus trabajos de costura, mientras Alice andaba de acá para allá arreglando unos fiestos, limpiando la balaustrada, colocando unos cojines, etc.

— Va siendo hora de que tu padre y yo veamos a mister Russell. Nunca ha pasado a casa... — comentó la señora Adams.

— No, nunca. Se está mucho mejor afuera.

— No habrá más remedio que invitarle a cenar.

— ¿Es indispensable?

— Si no lo hacemos le parecerá raro... Nos creará unos pobretones.

— Bueno, le invitaré, si lo crees necesario.

— Servirá a la mesa Malina Burns... Prepararemos una buena cena, elegante.

— ¿No sería mejor si sirviéramos nosotras la cena? — preguntó Alice, poco convencida de la elegancia que pudiera aportar a la cena la asistente mencionada por su madre.

— ¿Por qué? A menos que te avergüence que Russell conozca a tus padres... — insistió ésta.

— ¡Oh, no, eso de ninguna manera! Sólo que... ¡Bueno, muy bien!

* * *

— Nunca me di cuenta de lo hermoso que es este jardín... — exclamó Arthur contemplando a través de una gran puerta de cristales el jardín de los Palmer. El matrimonio y su hija Mildred estaban sentados alrededor de una mesita preparada para el té.

—Es que ya casi no vienes por aquí, Arthur. Empezábamos a olvidarte ya — respondió con cierta reticencia la señora Palmer.

—He estado muy ocupado.

—Lo comprendo perfectamente.

—Aquí está la lista de invitados a la fiesta... — decía Mildred a su madre alargándole un papel—. No supe si invitar o no a Alice Adams... ¿La recuerdas? Bailaste con ella — dijo dirigiéndose a su primo. Éste asintió con un movimiento de cabeza.

—Es una joven muy llamativa la tal Adams — comentó la señora Palmer.

—¿No es la hija de Virgilio Adams, el empleado de Lamb? — preguntó mister Palmer.

—Creo que sí.

—Parece que ese Virgilio Adams le ha robado una fórmula de cola a mister Lamb, Adams fué empleado suyo durante veinticinco años y mister Lamb le ayudó mucho — comentó mister Palmer sin aparentar darles mayor importancia a sus palabras.

—¡Eso es gratitud! En pago Adams se le fué con la fórmula — agregó su esposa en tono despectivo.

—¿Es amiga tuya esa muchacha, Mildred? — preguntó su padre.

—No todas las que intentan acercarse a Mildred son sus amigas — se anticipó su madre.

—Yo no diría tanto... En tiempos la conocí... No es del todo desagradable... — intentó rectificar Mildred.

—Es una joven muy desaprensiva... — insistió su madre, que parecía querer desacreditar a Alice ante los ojos del joven Russell. Y agregó, notando el silencio en que Arthur se había encerrado escuchando sus comentarios: — Estamos aburriéndote, Arthur. Mildred, enséñale el jardín. Le agradecerá más que oír hablar de ladrones.

Los dos jóvenes se levantaron para dirigirse al jardín de la magnífica mansión, mientras el matrimonio, contem-

plándolos, se hacía un gesto significativo que bien podía dar a entender un mutuo acuerdo sobre la buena pareja que formaban los dos primos. Mildred era hermosa, es verdad, y su figura guardaba una completa armonía con su semblante. Quizá su mayor defecto, a juicio de Arthur, consistía en lo demasiado imbuida que estaba sobre la superioridad que ejercía y podía ejercer sobre todas las demás jóvenes de la ciudad. Un producto del ambiente en que había sido criada, enseñándole a despreciar todo aquello, en personas o cosas, que no fuese de acuerdo con su categoría. Y para mister Russell ya eran éstos suficientes defectos como para descartar toda posibilidad de variar la clase de relaciones que a su prima le unían.

• • •

—Tenga sus avíos y trátelos bien— decía la señora Adams a la asistente que había solicitado para preparar la cena con que habían pensado obsequiar a mister Russell. Era la asistente una de esas negras geminas, gruesas, cachazudas, con la indolencia característica de todos los de su raza. Un producto quizá de trasplante afortunado, desde las salvajes selvas africanas, a la exótica ciudad negra de Harlem.

Sin hacer comentario alguno, cogió el delantal y el gorro blanco que se le entregaba y se dirigió a la cocina para iniciar sus manejos culinarios. Entretanto, madre e hija no se daban punto de reposo, limpiando, arreglando mil detalles, cambiando de sitio los muebles para volverlos a colocar luego como estaban, subiendo y bajando, preparando ropas y flores...

—Sirva los *sandwichs* de caviar en una bandeja, Mafena, y que no los vea Alice. Es una sorpresa.

—Alice, duerme un ratito, para que estés fresca y descansada— añadió luego su madre.

—Va es tarde, son más de las seis... Tú eres quien debe descansar, con lo que has trabajado.

—Me siento perfectamente. Quiero estar segura de que todo está bien.

—Lo malo es que se ha puesto muy caluroso el día...

—Ya has mudado los muebles una docena de veces... ¡Vas a estar rendida!

—Lo sé... pero... ¡esas butacas! —exclamó Alice contrariada, al ver el mal aspecto que presentaban.

—Cuando uno se sienta en ellas no se nota lo rozadas que están.

—Las rosas disimularán el resto, ¿verdad? —comentó la joven arreglando las flores diseminadas por la mesa y algunos búcaros de los muebles.

—Son preciosas. No hay quien tenga tan buen gusto como tú. Lleva esto a tu padre, y vistete. Yo sólo necesito quitarme el delantal —dijo entregando a Alice unos pantalones recién planchados.

—¿Y Walter? ¿Se vestirá de *smoking*?

—Se indignará como tu padre, pero se lo diré cuando llegue.

—Di a Magdalena que no masque *chielet* al servir a la mesa —advirtió Alice al tiempo que se alejaba.

—Descuida, que yo me encargo de todo. —Y la señora Adams pasó a la cocina para dar las últimas instrucciones. Ponga la sopa en la mesa antes de llamarnos a cenar.

—¿No hace mucho calor para sopa, señora Adams? —observó la negra con parsimonia, pero con indiscutible buen acierto.

—No se meta en eso. Luego sirva las setas. Luego el filete y las verduras...

—Me parece que el helado no durará mucho... Ya empieza a derretirse —indicó sin preocuparse demasiado de las instrucciones.

Arrriba, mister Adams luchaba contra la rebelde pechera almidonada de su camisa. A cada movimiento que hacía, ésta se desabrochaba, poniendo en evidencia la abundancia capilar de su pecho.

—¿Quieres achicarme ese ojal? Se sale el botón a cada momento.

—Bueno, voy por hilo y aguja— respondió Alice que, sumamente nerviosa, no sabía adónde acudir.

—¡Ojalá pudiera ir así a la mesa!—murmuró mister Adams que, sin cuello y en mangas de camisa, dejaba que Alice le cosiera el ojal—. No recuerdo que haya hecho tanto calor en diez años—y agregó olfateando—: ¡Qué olor más fuerte! ¿Es moda servir berza a los invitados?

—No es berza... ¡Son coles de Bruselas!... ¿Qué ha sido eso?—preguntó interrumpiéndose, al oír un fuerte estrépito.

—Malena que se cayó por la escalera y se ha hecho daño en la pierna— respondió su madre desde abajo. Y la confusión de Alice aumentó con este nuevo contratiempo mientras sonaba el timbre de la puerta—. Yo abriré—advirtió la señora Adams. Y quitándose apresuradamente el delantal, salió a recibir al invitado—. Usted creerá que es mucha familiaridad que salga yo así, pero la doncella tuvo un accidente—exclamó franqueando el paso a mister Russell. Luego le condujo hasta la sala, invitándole a sentarse.

—¡Qué contratiempo!—comentó Arthur.

—Hace un calor atroz, ¿verdad? Abrí puertas y ventanas, pero sin gran resultado. ¿Quiere usted un cigarrillo?—Arthur aprovechó un momento de distracción de la señora para sacar uno de los suyos. Luego hubo de improvisar por sí mismo un cenicero con el cacharro que le habían ofrecido como cigarrera, volcando su contenido encima de la mesa. Hecho esto se limitó a escuchar a la señora Adams, que se esforzaba por descartar todas las buenas cualidades de su hija.

—La única a quien no parece afectarle el calor es a Alice... Es tan buena, que nada la afecta... Tiene un carácter excelente, y nada hay en el mundo como el carácter... ¿No lo cree usted así?

—¡Ah, sí, sí, sin duda! — respondió Arthur, que disimulaba correctamente la molestia que el tema en esos términos le producía.

—Eso le digo yo a Alice, pero ella sólo nota lo bueno en los demás y no se da cuenta de lo que vale.

—¿Te parece que está bien? — preguntó Alice a su padre después de hacerle el lazo de la corbata.

—Muy bien... ¡Perfectamente! ¡Maldita sea! — exclamó éste al notar que la pechera volvía a las andadas—. El único consuelo es que así circula el aire. Ve a rescatar a ese joven de tu madre — advirtió mister Adams, pensando acertadamente lo que Arthur estaría sufriendo con la charla de su mujer. También lo comprendió así Alice, pero antes de salir a la sala quiso dar una última ojeada a los preparativos. Bajó por la otra escalera y advirtió contrariada:

—Las rosas están secándose. No debí manosearlas.

—Están bien así — comentó su padre. Éste ya iba a salir, pero su hija le retuvo diciéndole:

—No, por esa puerta, no. Parecerá que... — subieron nuevamente y por fin apareció seguida de su padre en lo alto de la escalera que daba directamente a la sala.

—Siento haberme retrasado tantísimo — decía sonriendo, mientras descendía con aire señorial.

Todo parecía preparado como si el telón fuera a levantarse de un momento a otro. La negra apareció con la bandeja de los *sandwichs* y el señor Adams, que no estaba advertido, se levantó apresuradamente diciendo:

—La cená debe estar ya. Sentémonos.

—No, todavía no, Virgilio — indicó su mujer, conteniendo a duras penas un gesto de enfado.

Alice sufría. Ya empezaba mal la cosa. Maleta había comenzado a servir los *sandwichs* a mister Adams.

—¿Qué diablos es esto? — preguntó mirándolo por todas partes.

—Pruebe el caviar... — indicó Alice ofreciendo a Arthur y tratando así de cubrir en parte la falta de tacto de su pa-

dre—. Están deliciosos, mamá. Siento no poder ofrecerle un *cocktail*, pero en esta casa no se bebe. Papá es abstemio.

—La cena está servida — anunció "la doncella", sin guadar mucho ni poco la forma de anunciarlo. Antes hubo de correr ambas hojas de la puerta a empujones.

—¡Bien! Vamos a ver si está comestible — exclamó mister Adams, levantándose—. No nos maldiga por invitarle a cenar con este calor... También a mí me abruma si le consuela el saberlo — agregó dirigiéndose a Arthur.

—¿Y Walter? — preguntó la señora Adams.

—Probablemente estará en la oficina... — se apresuró a responder Alice.

La cena, como el aperitivo, atolecía de las mismas faltas de tacto, unas veces a cargo de mister Adams, y otras de la doncella, a quien en el preciso momento de servir algún plato se le caía a los ojos la pequeña cofia. Además, pese a la advertencia, no creyó prudente dejar el *chiclet* en la cocina. Cada vez que aparecía, lo hacía masticando reciamente, balanceando al andar su volutinoso cuerpo y comenzando a servir los platos siempre por el dueño de casa. Alice se desesperaba en silencio, tratando de aparentar indiferencia, distrayendo la atención de Arthur con su conversación, que se esforzaba por que resultase amena.

—¡Qué raro es el tiempo! Ayer hacía fresco, y es que los ángeles guiaban la brisa... Hoy es el diablo el que nos manda su soplo... y parece que nos hubiera volcado encima el Ecuador...

—¿Alice, qué imaginación tienes! — exclamó su madre, pendiente siempre de las palabras de aquella.

—¿Verdad que sí? ¡Y qué falta de imaginación se necesita para preparar una cena así con este calor! — comentó mister Adams a quien la pechera de la camisa volvía a estropear su apariencia de verdadero gentlemán.

—Hubiera sido preferible algo helado y ligero — comentó la señora Adams, viendo que el vaho de los platos calien-

tes aumentaba en varios grados la atmósfera aplastante de la estancia.

—Señora Adams, éste es mi plato favorito — observó con delicadeza el joven Russell, que se daba cuenta de la violencia que su silencio creaba ante las censuras de la comida.

—¡Cuánto me alegro!

—A papá no parece gustarle... Tú no eres un *gourmet*, papá. — Mister Adams la miró sorprendido. — Eso en francés equivale a epicureista. Todo el vocabulario gastronómico es francés..., así como el musical es italiano y su música ideal. ¿En qué descollamos los norteamericanos, Arthur? Supongo que en asuntos de banca y manufactura, ¿no?

—Sí, así es.

—Ah, las coles de Bruselas! No se puede negar que tienen aroma — intervino mister Adams.

—¿Por qué no habrá preparado la cocinera algún flambé en vez de esto? No se puede fiar uno de los sirvientes... Habrá que cambiar de domésticos, *n'est ce pas?* — Alice trataba, con estos comentarios, de alejar del joven, aunque fuese en parte, la mala impresión que indudablemente le estaba produciendo esa comida funesta.

—¿Qué pasa, Virgilio?

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama quién?

—La... la morena esa que habéis traído. Quiero agua.

—No hay que desesperar... No se habrá evaporado.

—Yo no estoy seguro de eso.

—Papá hace siempre una cena muy pesada... ¡Trabaja tanto en su nueva fábrica! Ciertos hombres de negocios confían todo el trabajo a sus empleados... Otros, como papá, se lo hacen todo ellos, mientras sus subalternos holgazanean. También los hay que esclavizan al personal, e inventan ocupaciones inútiles constantemente... ¿A cual de esos tres tipos pertenece usted, Arthur? Probablemente usted es el idolo de secretarías y botones...

—Yo pronto necesitaré una secretaria... ¡Siempre he so-

ñado con tener una! Lo hace a uno sentirse importante ¿eh?

—Sí, por cierto, mucho— asintió Arthur ante la nueva intervención de mister Adams, que empeoraba la situación cada vez que abría la boca para comentar cualquier cosa.

—Póngale azúcar al café, Arthur— advirtió Alice, ofreciendo el azucarero.

Walter había aparecido de improviso, y desde la puerta del comedor que daba a espaldas de Arthur hacia señas a su padre para que se acercase.

—Perdone... Creo que mi hijo quiere hablarme— se excusó mister Adams levantándose.

—Walter es sumamente raro y desconcertante... Pero ya le hablé de él, creo... — comentó Alice.

—Toda la gente de talento es así. Su carácter es parte de su atractivo— respondió Arthur, encendiendo un cigarrillo.

—¿En qué consiste su talento, Arthur? ¿Toca algo? ¿Sabe cantar o pintar? O quizás tiene usted alguna habilidad secreta, alguna preferencia que no quiere confiar a nadie...

—Voy a ver si Walter ha cenado ya— se explicó la señora Adams levantándose también. Es posible que no fuera realmente ésa la verdadera excusa, porque en las habitaciones de arriba se escuchaba un violento altercado entre padre e hijo. Además los dos jóvenes desearían estar solos. Estos habían quedado silenciosos. Arthur contemplaba las espirales de humo de su cigarrillo. En su mente se iba abriendo paso la idea que desde un principio le martilleaba obsesivamente y ahora le afirmaba en su creencia de que Alice era el único sostén espiritual de la familia. Todo lo abarcaba ella, hasta el más mínimo detalle, en su afán de cubrir las carencias de trato de los suyos. Dotada de una sutileza extraordinaria, sabía encontrar una salida airosa en cada uno de los momentos difíciles en que la colocaba la conducta contradictoria de los demás. Ahora se daba cuenta de la enorme preocupación que sobre ella pesaba. En cuanto a lo demás,

la situación económica, la cultura, los prejuicios absurdos e injustificados del resto de la familia Adams, ya sabía él a qué atenerse más o menos. Ya sabía a qué atenerse sobre cada uno de ellos.

—Un centavo si me confía lo que piensa...—murmuró Alice rompiendo el silencio—. ¡No, le daré algo más valioso! Le daré una rosa... Una pobre rosa seca, a cambio de sus pensamientos.

—No pienso en nada.

—¿Me perdona usted?—Arthur la miró con gusto interrogante—. ¿Por darle una cena tan pesada a la que apenas pudo usted mirar con desesperación...? Alégrese, que ya cumplió con su deber de cortesía y puede irse en seguida... Se muere por irse, ¿verdad?

—Nada de eso.

—Está usted preocupado... ¿Qué le pasa? Cuénteme sus penas... Pero salgamos al aire libre, a respirar.—Salieron a la pequeña terraza donde tantos buenos ratos habían pasado.

—Dígame qué le pasa.

—Nada... absolutamente nada. El calor le deprime a uno y le hace más callado que de costumbre—se excusó Arthur.

—O quizás le deprima esta casa, su ambiente, mis padres, algo...

—Ya le he dicho que no es nada.

—Eso lo dice por cortesía, por consideración, o porque no se atreve a decirme la verdad... Quizás se han puesto a...

—¿A qué?

—Quizás le han hablado mal de mí... ¿Es eso?

—Nada de eso.

—No repita "nada de eso". No vale usted para mentir.

—No miento—protestó el joven, que comprendía el estado de excitación en que Alice se encontraba.

—¿Recuerda que dije que nada podría alejarle de mí? Dijo que sólo se iría si yo le echaba.

—Eso dije y es cierto.

—Pues yo no le eché... y sin embargo, usted ya se ha ausentado.

—¿Tan atontado parezco?

—¿Seré yo quien le hace alejarse? Presento que voy a verle sólo cinco minutos más... y luego...

—Pero yo quiero verla con frecuencia... — manifestó Arthur, asombrado por el cambio tan brusco experimentado por Alice.

—Nunca he tenido un presentimiento tan claro como éste... Nunca más volverá aquí... Todo ha concluido, ¿verdad? — seguía diciendo ella, su vista perdida en el *plafond* magnífico del cielo cubierto de estrellas.

—Está usted cansada, nerviosa...

—Sí, váyase. Ya nada tiene que hacer aquí — exclamó de pronto, levantándose—. Cuando todo sale mal, lo mejor es alejarse, pronto, pronto... Adiós...

—Adios no... Buenas noches — dijo Arthur sonriendo, sin moverse de la balastrada, donde se había sentado.

—Voy por su sombrero — entró y salió al momento con él en la mano—. Lo quisiera de recuerdo, pero usted lo necesita. ¡Pobrecillo! No puede irse sin sombrero — y se esforzaba por dar a sus palabras una naturalidad que le traicionaba. Después de un pausa, agregó—: ¡Qué despedida más romántica, hablando de sombreros!

Ambos levantaron la cabeza a un tiempo. Arriba, la disputa entre padre e hijo se hacía más violenta por momentos.

—Esas disputas son diarias aquí. — Y dando media vuelta, penetró en su casa.

El señor Adams iba y venía agitadamente de un lado a otro de su habitación. Su rostro evidenciaba las huellas de un sufrimiento y preocupación enormes. Walter, de pie ante la ventana, sin proferir palabra y jugueteando con la cadena de su llavero nerviosamente, también parecía sumido en profunda preocupación.

—¡A esto aguardaba Lamb! ¡Pero yo he de pagarle

hasta el último centavo! — exclamó de pronto su padre sin cesar en sus paseos.

— ¡Walter! ¿Cómo hiciste eso? — preguntóle su madre, entrando nuevamente en la habitación.

— Le pedí a papá, y me lo negó.

— ¿Y de dónde lo iba a sacar yo?

Al entrar Alice en la habitación no pudo contener un mudo gesto de asombro. Su madre le explicó:

— Walter destorcó a Lamb. Sustrajo ciento cincuenta dólares.

— ¿Sustrajiste ciento cincuenta dólares...? ¿Para qué? — preguntó incrédula ante lo extraño e inesperado de la noticia.

— Se los presté a un amigo y me prometió devolvérmelos a fin de mes... Pero no cumplió su promesa — respondió su hermano bajando la cabeza.

— ¡Van a meterle en la cárcel! — exclamó Alice asustada. ¿No podrías explicarle a míster Lamb...? — preguntó a su padre, pero éste le interrumpió.

— ¿Explicarle? ¡Esto es lo que él quería! ¡Se ha vengado haciendo caer a Walter en la trampa! — estalló desesperado míster Adams.

— ¿No puedes devolverle el dinero? — insistió Alice.

— ¡Se lo devolveré! ¡Le devolveré hasta el último céntimo! ¡Hipotecaré la fábrica inmediatamente! ¡Voy a ver al presidente del Banco! ¡Conseguiré ese dinero! — revolvió en un cajón de su armario y extrajo unos documentos. Antes de salir, Walter le dijo:

— Lo siento...

— No me dirijan la palabra, ¡idiota! ¿Nos cree unos cobardes, ¿eh? ¡Ya verá él! — Y salió de la habitación precipitadamente.

— ¡Ah, Walter, dar este disgusto a tu hermana la noche de su banquete! ¡Pobre Alice!

— ¡No digas "pobre Alice", mamá! — mostrando en sus ojos una firme determinación.

Cuando mister Adams se disponía a abrir la puerta cancela para salir, ésta fué impulsada desde fuera, dando paso a mister Lamb.

—¿Puedo pasar?— preguntó, aunque ya estaba dentro— Quiero hablar con usted.

—¡Y yo con usted!— respondió en tono violento mister Adams.

—Es mister Lamb... ¡Me voy!— exclamó Walter al verle desde arriba.

—No, Walter. Espera en mi alcoba— le indicó su hermana.

Los dos hombres habían pasado al comedor y no bien estuvo cerrada la puerta exclamó mister Lamb:

—¡Vaya una familia que me han resultado ustedes! Si he venido a esta casa hoy, es para decirle a la cara lo que pienso de usted.

—Le pagaré cuanto gustara Walter, tan pronto tenga el dinero. Precisamente ahora iba a hipotecar mi... mi fábrica de cola.

—Para conseguir una hipoteca tiene usted que garantizar ingresos futuros.— Y sonriendo enigmáticamente, agregó—: La cosa será difícil, ahora que yo voy a montar una fábrica de cola... en grande.

Adams le miró asombrado. Su expresión demostraba incredulidad y temor a la vez.

—¡Sí, y enfrente de la suya!— agregó Lamb, recalcando las palabras.

—¿En aquel edificio enorme, el de la fábrica abandonada?

Lamb asintió con un gesto.

—¿Esperaba usted que le dejara irse tranquilamente con mi fórmula? Usted se figuró que yo soy un pobre vejete a quien es fácil engañar como a un tonto...

—¡Eso no!— interrumpió Adams reaccionando violentamente— ¡La fórmula es tan mía como suya! ¡Bastante sabe usted por lo que he pasado! ¡Y sepa usted, mister Lamb,

que ya no me abruma lo que hice porque sé que en este mundo hay un hombre peor que yo! —

—Se siente usted justificado, ¿eh?

Pero Adams ya no le escuchaba. Un torrente de palabras brotaba de su boca. Era el clavo ardiendo del desesperado, pero ya nada podría detenerle.

—¡Ha destrozado usted mis planes, y ya no puedo ni librar a mi hijo de la cárcel! ¡Eso es lo que usted quería!

—¿Me acusa usted...? —comenzó a decir, asombrado, mister Lamb. Pero no pudo continuar. Adams le dominaba en violencia.

—¡Fíjese en mí! ¡Toda mi vida trabajé para usted! ¡Lo que le quité nada significa para su casa y en cambio para la mía lo es todo! ¡Ahora ha logrado arruinarnos a mí y a mi familia! —Tomó aliento y, como el que se juega la última carta, agregó—: ¡Hace un año no hubiera creído tal cosa de usted! ¡Pero ahora se lo digo a la cara, mister Lamb! ¡Es usted un mal hombre!

Lamb le dirigió una mirada furibunda. Algo, no obstante, le decía que aquel hombre era más digno de compasión que de censura.

—¡Déjale que se vaya! ¡Ahora sabe lo que pienso de él! ¡Me ha arruinado! —exclamó Adams dirigiéndose a su mujer, que hacía un momento presenciaba la escena.

Alice lo había escuchado todo y no podía consentir que por un arrebato momentáneo se echase todo a rodar. Nadie sabía lo que podría suceder en esa casa si no había otra solución que la que su padre había dado al asunto. Después de todo, nadie podría discutirle a mister Lamb cualquier determinación que adoptase. El tenía razón de cualquier modo que se mirasen las cosas; y quitó sincerándose con él, explicándole las verdaderas causas que habían influido para conducirle a una situación tan violenta y delicada, diese mejores resultados que aquella ruptura desastrosa. Poco necesitaba Alice para determinarse a hacer una cosa, pues su rapidez de concepción le facilitaba enormemente pesar el

pro y el contra en un segundo. Así, pues, viendo que mister Lamb se disponía a salir, le abordó decididamente:

—No piense mal de papá... Se cegó y no supo lo que decía.

—¿Se cegó, eh? ¡El muy insensato! — exclamó aún colérico mister Lamb.

—Insensato sí, por oírnos a mi madre y a mí. La culpa de todo esto es mía.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó asombrado.

—Mamá está mortificando sin cesar a papá para que gane más y yo tenga cuanto deseo... Si mi padre hizo lo que hizo fué porque me veía sufrir y se sacrificó por mí... El quería trabajar con usted... En el fondo le veneraba... Si nos da tiempo, buscaré trabajo y le devolveré lo que Walter le ha quitado... No valgo para mucho... Tengo voluntad. Siempre sobresalí en matemáticas y domino el francés... Trabajaré de secretaria...

—¡Un momento, Alice! — interrumpió mister Lamb—. Si su padre no me muerde, quisiera hablar con él — tuvo un momento de indecisión, y luego agregó, volviendo sobre sus pasos—: Le hablaré... Déjelo por mi cuenta.

Cuando Lamb entró nuevamente en la habitación, encontró a mister Adams sumamente abatido.

—¡Un momento! — exclamó dirigiéndose hacia éste—. Hace unos minutos usted me hizo sulfurarme. Cierto que también usted se enfureció...

—Me dió usted motivo para ello!

—Refrene ese genio y escuche... Usted dijo que el negocio de la cola no significa nada para mí y mucho para usted... Lo que significa mucho para mí es el que usted me tratase así... Ahora que he hablado con Alice empiezo a comprender que quizás le obligaron a usted las circunstancias... y he vivido lo bastante para saber que las circunstancias nos aplastan con frecuencia. Quizás yo he sido también un insensato... Eso le llamé yo a usted antes.

—¿Usted, eh? — preguntó aún con leve gesto de resent-

timiento mister Adams— Bueno... quizás tenga usted razón.

—Si nos hemos agraviado mutuamente, es hora de que hagamos las paces... En tiempos le prometí ayudarle en el asunto de la cola... He sido egoísta y olvidadizo, pero todo tiene remedio... Bueno, no se hable de eso ahora. Venga a la oficina en cuanto se sienta en condiciones y hablaremos... Usted y yo vamos a probar aún al mundo lo que es buena cola. Luego hablaremos de lo de Walter.—Y dando unos golpecitos en la espalda a mister Adams, se marchó no sin hacer un guiño a Alice al pasar ante ella.

—¡Es un hombre de corazón! — dijo ésta a sus padres, que, mudos de asombro, no acertaban a reaccionar.

—Sí que lo es, pero de no haber sido por ti...

—¿Qué te hace creer que yo hice cosa alguna? — preguntó Alice fingiendo ignorancia.

—¿Qué? ¡Que eres la muchacha más lista del mundo! Yo no te cambiaría por todas las mujeres juntas— dijo su padre abrazándola entusiasmado y reteniéndola junto a sí continuó—: ¡Cómo suceden las cosas! Esto que ha pasado lo he visto repetirse en muchos casos, en otras familias.

—¿Qué, papá?

—Que uno siente a veces como si no hubiera ninguna salida, como si ya no quedase esperanza alguna... De repente, algo con lo que uno nunca contaba se presenta en escena y salimos adelante como si tal cosa.

—Te comprendo muy bien, papá.

—Eso me temo... A tu edad no debieras comprender ciertas cosas. Debías atenerte a gozar de la vida... Tu novio es un buen hombre, Alice... Sé que te quiere por lo que eres, no por lo que tienes o por mi dichosa fábrica.

—Mejor es que te acuestes y descanses, que hoy has tenido un día de prueba.—Y Alice sonrió amargamente al decir esto. Ella sí que sufría. No podía comprender el momento de insensatez por el que había pasado, despidiendo

a Arthur de una forma tan brusca. Besó a sus padres y salió a la terraza. Necesitaba descansar, sosegar sus nervios... y meditar. Apoyada de codos en la balaustrada, dejó que la suave brisa que se había levantado alborotase sus cabellos. Así estuvo un momento, dejando vagar su mirada sobre la perspectiva de sombras que le ofrecía la noche tenuemente iluminada por la luna. De cuando en cuando levantaba su hermoso semblante, respirando con deleite. Dos puntos brillantes aparecieron en sus mejillas, resbalando luego lentamente hasta convertirse en sombras. Quizá fuera mejor así. Necesitaba desahogarse...

—Una pobre rosa seca. Se la cambio por sus pensamientos, Alice. — Era Arthur, que sentado en la hamaca que Alice había ocupado antes, había aguardado algo, sin saber ciertamente qué, pero seguro de que la oportunidad deseada se le habría de presentar aquella misma noche. ¿A qué vendría mister Lamb a esa hora?, se preguntó cuando se separó de Alice. Y encendiendo un cigarrillo, dejó correr el tiempo hasta que...

—¡Ha vuelto! — exclamó Alice viendo a Arthur que se dirigía hacia ella. Y el tembor de su voz la traicionó.

—No me fui de aquí. Estuve esperándola a usted... Lo he oído todo y... — Alice intentó interrumpirle, pero él prosiguió: — Déjeme acabar. Esta tarde oí muchas cosas en casa de Mildred...

—¡Hablaron de mí! — murmuró Alice consternada.

—Sí, mucho. Y llegué a una conclusión clarísima... — Sin saber cómo, se vieron uno en brazos del otro—. Te quiero, Alice...

Durante un momento sólo pudo escucharse el ruido suave, casi imperceptible, que producian las hojas al rozarse una con otra impulsadas por la brisa. La tenue claridad que se filtraba a través de la puerta cancela destacaba la escena tantas veces repetida, la escena vulgar y magnífica de cada hora, de cada día: El amor triunfante sobre todo. Hasta

sobre aquellos prejuicios sociales que pretenden levantar una barrera dividiendo en castas a la humanidad. ¿Porque el amor es ciego? Sí, quizá. Pero es también sentimental y humano.

FIN

